

HUGO JOSÉ SUÁREZ

**LA DECADENCIA**

**EVÓ = CAMACHO**

editorial  
3600



# **La decadencia**

**Apuntes sobre una  
izquierda extraviada**

**Hugo José Suárez**

editorial  
**3600**

**La decadencia. Apuntes sobre una izquierda extraviada**

Hugo José Suárez

© Hugo José Suárez

© Editorial 3600

Edición y producción

Editorial 3600

Télefono 2415288

editorial3600@gmail.com

Fotografía de portada

Hugo José Suaérez. Tomada en Sopocachi

Depósito Legal: 4-1-5988-2023

ISBN: 978-9917-612-88-9

Impreso en Bolivia

2023

## CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
<b>UNA TRANSICIÓN HACIA LO MISMO</b>	<b>17</b>
Candidata-Presidenta ( <i>El Deber</i> , enero de 2020)	19
En boca del mentiroso...	
La verdad en disputa ( <i>El Deber</i> , marzo de 2020)	22
El final del túnel ( <i>El Deber</i> , julio de 2020)	25
El demonio del poder ( <i>El Deber</i> , septiembre de 2020)	27
El abrazo del rencuentro ( <i>El Deber</i> , octubre de 2020)	29
Una nueva oportunidad ( <i>El Deber</i> , noviembre de 2020)	31
<b>POR UNA IZQUIERDA DE IZQUIERDA</b>	<b>35</b>
El Evo que siempre fue ( <i>El Deber</i> , diciembre de 2020)	37
Recuperar la democracia por decreto ( <i>Página Siete</i> , febrero de 2021)	39
El nuevo ciclo autoritario ( <i>Página Siete</i> , marzo de 2021)	42
La izquierda y el poder ( <i>Página Siete</i> , abril de 2021)	45
Las izquierdas ( <i>Página Siete</i> , mayo de 2021)	48
Política a golpes ( <i>Página Siete</i> , junio de 2021)	51
Los “fachos” y el presidente trovador ( <i>Página Siete</i> , septiembre de 2021)	54
Por un presidente para todos ( <i>Página Siete</i> , octubre de 2021)	57

El Estado paralelo (Diciembre de 2021)	60
Los libros y el poder ( <i>Página Siete</i> . Enero 2022)	63
La nueva izquierda de Estado en América Latina ( <i>Página Siete</i> , julio de 2022)	66
La verdad histórica ( <i>Página Siete</i> , agosto de 2022)	69
El festejo democrático y la razón del poder ( <i>Página Siete</i> , octubre de 2022)	72
Monstruo de dos cabezas: cuando la izquierda actúa igual que la derecha ( <i>Página Siete</i> , noviembre de 2022)	75
Los golpeadores ( <i>Página Siete</i> , enero de 2023)	78
¿Y las leyes? ( <i>Página Siete</i> , abril de 2023)	81
<b>DESTELLOS ¿OTRA IZQUIERDA ES POSIBLE?</b>	85
Villoro pensando en Villoro ( <i>El Deber</i> , abril de 2016)	87
Otra política es posible: Antonio Aranibar ( <i>Página Siete</i> , marzo de 2021)	89
Cincuenta años sin Mauricio Lefebvre ( <i>Página Siete</i> , agosto de 2021)	92
La democracia como dilema ( <i>Página Siete</i> , mayo de 2022)	95
40 años de la conquista democrática ( <i>Página Siete</i> , septiembre de 2022)	99
Una izquierda democrática: Boric en México ( <i>Página Siete</i> , diciembre de 2022)	101
Siles esencial ( <i>Página Siete</i> , enero de 2023)	104
Yo firmo ( <i>Página Siete</i> , marzo de 2023)	
Filemón Escobar	110
Democracia, derechos humanos y la izquierda.	
Otra vez Boric	114
Los amigos y la política ( <i>El Deber</i> , Junio 2020)	116

*La yerba del diablo (...) malogra a los hombres. Los hace probar el poder demasiado pronto, sin fortificar sus corazones, y los hace dominantes y caprichosos.*

*Carlos Castaneda*

Las enseñanzas de Don Juan

*A menudo he permanecido solo porque no pienso de acuerdo con las alternativas y evidencias de la casta intelectual (...).*

*Pude resistir mentalmente las histerias de guerra que se manifiestan en la estúpida convicción de la invencibilidad o/y en la diabolización del enemigo y la angelicalización del aliado.*

*Edgar Morin*

Mis demonios

*El monoteísmo expresado por los que se apropiaron del MAS nos ha conducido a una nueva frustración.*

*Filemón Escobar*

El Evangelio es la encarnación de los derechos humanos...



*A los disidentes de todos los tiempos y de todos los rostros del poder*



## INTRODUCCIÓN

Llegué a La Paz a finales del 2020, luego de largos años de ausencia, para vivir un año sabático en mi ciudad de origen. La reintegración fue rápida, intensa, emocional. El regreso sabe a recuerdo y a proyecto en dosis equilibradas. Transité por calles y cuartos, por monumentos públicos y cajitas íntimas con fetiche resguardados en algún lugar secreto. Todo me condujo a escribir un libro que llamé *Diario de La Paz. Apuntes de un retorno* (Ed. 3600, 2022).

La cotidianidad paceña me sumergió, inevitablemente, en la vida política. La ciudad respira lo político apasionadamente, más que cualquier otro lado lugar donde haya vivido; si algo nos caracteriza a los bolivianos, es que la política está en el centro de nuestras preocupaciones y razones. Escuchaba radio desde las siete de la mañana, leía periódicos, charlaba con familiares y amigos. Todo estaba impregnado, en mayor o menor medida, de lo que decían los profesionales de lo público. En mi diario, anotaba la cantidad de aberraciones y sinsentidos que escuchaba, recordaba aquella columna “Por mi madre bohemios”, de Carlos Monsiváis, sobre las torpezas de los actores políticos en México. Si bien antes había escrito el libro *El desencanto* (Ed. 3600, 2020) donde plasmaba mi desazón frente al gobierno de Evo Morales, después con Jeanine Añez y luego con Luis Arce, cada día había una sorpresa, algo más delirante que el día anterior. No podía creer lo que veía a diario, los argumentos torcidos, los razonamientos serviles, las ideas devaluadas, las palabras manoseadas, o los adulado-

res profesionales que, como dice un intelectual mexicano para otro contexto, “se empeñan en colocar en el lugar visible el letrero de sumisión”.

Como vivía al frente de la UMSA, pude ver lo que sucedía desde mi ventana antes de que pasaran las noticias en la tele o en la radio. Fui testigo de la violencia, la rabia y el odio de militantes del oficialismo que golpeaban a pacíficos manifestantes con banderas blancas. Refugiados en dogmas y en slogans chuecos, arremetían contra la histórica casa de derechos humanos en la Av. 6 de Agosto, y en los noticieros y periódicos oficiales aparecían como héroes defensores de la democracia. Vi cómo la Wiphala se utilizó para pegar al otro, cómo se instrumentalizaba a las víctimas para que sean útiles políticamente. Y recordé aquella idea: “La nobleza de la causa, arruinada por la arrogancia de la convicción” (Silva-Herzog). Sí, los enunciados que alguna vez fueron justos, convertidos en dogma del nuevo régimen autoritario. Repito con Silva-Herzog: La convicción se comió la causa, devino en garrote impregnado de autoritarismo.

Tuve discusiones con mucha gente, desde aquellos antiguos compañeros de militancias comunes que ahora eran funcionarios con fama y poder, que mentían con descaro, que frente a un café intentaban convencerme de su mentira sabiendo que sus palabras eran falsas. Otros, más honestos, me contaron sin tapujos las barbaridades que hicieron en los momentos más duros del 2019. Y los menos, aunque más agradables, fueron los cínicos que simplemente me dijeron: “la política es así, la historia la escriben los que vencen, nosotros ganamos” –se agradece la honestidad–.

A muchos observé de lejos, me asombró su giro radical. Se transformaron en los nuevos ideólogos del momento: los liberales de antaño, comunitarios de hoy. Quienes defendían las gracias de Goni, quienes admiraban la personalidad y carisma de Tuto, el talento empresarial de Samuel, ahora mon-

tados en el Proceso de Cambio. Claro, en este tiempo es fácil ser de izquierda, es lo pertinente, lo correcto, lo estratégico. Los profesionales de la metamorfosis conveniente que antes me miraban como el sociólogo crítico nostálgico anclado en los setenta, ahora defendían lo que hace poco condenaban. Los entiendo: quince años gozando del poder, te cambia; hoy no hay mayor torpeza que no autoproclamarse de izquierda.

Sostuve agrias discusiones con familiares y viejos amigos, no comprendí cómo gente noble puede cerrar los ojos frente a las atrocidades conocidas. Algo opera en ellos que los hace mirar a otro lado, refugiarse en el dogma que les permita dar sentido a lo que estamos viviendo y justificarlo todo. Y recordé una frase que me encontré en la revista *Nexos* hace un par de décadas: “la fe no necesita de la verdad. Se propaga en los espíritus a pesar, a veces en contra, de los hechos”. En esos casos preferí no discutir, como soy sociólogo de la religión, sé bien que no tiene caso poner en duda las creencias, remover convicciones ancladas en ideas monolíticas. ¿Para qué?

También tuve la suerte de coincidir y descubrir otras personas que miraban con asombro y desolación lo que estaba sucediendo. Tomamos muchos cafés juntos, armamos grupos de discusión, iniciativas para alimentar un fuego más allá del coro dominante. Me encontré con encantadores fogoneros de esperanzas y de luchas que no se subieron al carro del poder. La disidencia, a pesar de todo, existía. Leí a algunos lúcidos pensadores que inyectaban miradas distintas. Comparto un inspirador extracto de Sergio Calero leído en uno de sus programas en Radio Deseo:

“El poder no cambia a las personas... las trastorna. Lejos de darles una perspectiva más amplia del país y la sociedad, el poder reduce, comprime la realidad, y entonces los afectados, como ocurre con las peores religiones, dejan de pensar y solo creen, y creen lo que quieren creer, que suele ser lo que permite mantener el poder; y el poder les hace creer que están

en el bando bueno, en el correcto, en el justo, y todos los demás están en el lado equivocado. El poder les hace creer que están ayudando a los demás, a la gente y la sociedad y el país, y por ello quien no los apoya en realidad está en contra de la gente, y por tanto quien piensa diferente, no piensa diferente... es un enemigo, y el que no apoya es un malagradecido.

Entonces solo oyen a los que están de su bando, y gustan, se relamen con el elogio, y comienzan a gozar del aplauso, de la aclamación y del agradecimiento. Quien no lo hace... es un opositor... y el opositor es siempre un enemigo.

Pero ellos creen que son sencillos y humildes porque saludan y dan la mano a todos, y ya no perciben el tufo de la soberbia.

El poder los desubica de la realidad y, como todas las drogas, les muestra otra realidad, y no reconocen los hechos, la historia y la verdad, a menos que sirva para preservar su poder”.

En esa atmósfera, fui tomando notas de lo que sucedía a mi alrededor. Por un lado, escribía en mi diario temas que no publiqué, y por otro, enviaba artículos a *El Deber* y a *Página Siete* con mis reflexiones públicas. Lo que me quedaba claro era que estábamos en un momento de decadencia intelectual y política, y que la izquierda estaba extraviada, confundida, cegada. Se había convertido en todo lo que no quiso ser. Es así como nace este libro.

Luego de más de un año de haber dejado el país, considero pertinente recoger las reflexiones que asumieron el formato de artículo de opinión entre el 2020 y mediados del 2023 (cuando tristemente se apagó el matutino *Página Siete*, y con él, mi columna Cuaderno de Notas). Se trata de textos rápidos, de lectura de periódico, destinados a alimentar el debate de coyuntura. ¿Tiene sentido sacar a relucir hoy estas ideas desfasadas de la noticia del día?, ¿no es más adecuado dejarlas en la prisión del pasado escondidas en alguna hemeroteca? El

ritmo político en Bolivia es acelerado, actualmente las discusiones varían mucho de lo que escribo en estas páginas, y más de uno pensará que estas son palabras caducas. Es el riesgo de proponer un texto así: está preso de su tiempo; pero también es cierto que varias cosas dichas podrían ir más allá y servir en el largo plazo.

Sostengo la tesis de que, a partir del 2020, vivimos un nuevo ciclo de descomposición del sentido de lo público, del ejercicio de la política, de las condiciones para pensarnos en común. Prima la estrechez de los actores, la mezquindad de las demandas, la miseria de las estrategias, la disolución de la agenda colectiva. Es el apogeo del pragmatismo radical, del uso del Estado para el ascenso social, para la consolidación de un grupo en el poder y para el fortalecimiento de sus principales tentáculos (sindicatos, asociaciones, medios), todo barnizado con un lenguaje altisonante de socialismo, izquierda e igualdad, que en realidad oculta intereses personales o sectoriales. Es un tiempo oscuro, desolador, desdichado. Aunque para otro contexto completamente distinto, la reflexión de un personaje de la serie televisiva americana *House of Cards* resume bien el espíritu de nuestra época:

“No me disculpo. Al final no me importa si me aman o me odian, mientras yo gane. La baraja está trucada. Las normas están manipuladas. Bienvenidos a la muerte de la era de la razón. El bien y el mal ya no existen. Solo existe estar dentro y estar afuera...”.

Buena parte de lo que se viene, los pleitos internos en las agrupaciones políticas y los nuevos posicionamientos, tendrá su explicación en este período brumoso. En este documento no desarrollo la idea que requeriría una investigación sistemática; dejo la tesis sobre la mesa, que es la que impregna y atraviesa de distintas formas los artículos publicados.

He organizado el documento en tres partes. Primero: Una transición hacia lo mismo, que recoge el desastre vivido

en el gobierno de Jeanine Añez en 2020. Segundo: Por una izquierda de izquierda, que trata de desnudar el débil y falso discurso de la izquierda de Estado. Tercero: Destellos, que recoge algunas esperanzas en varios tiempos y espacios de las cuales se puede extraer aprendizajes.

Este libro pretende invitar a discutir colectivamente sobre la pertinencia de una nueva izquierda en Bolivia. A pesar de todo, todavía tengo la esperanza del nacimiento de otras opciones que retomen lo más lúcido de la tradición progresista boliviana y que permitan pensar en un proyecto incluyente, equitativo, tolerante, justo, democrático. Es muy probable, como bien dice José Emilio Pacheco, que otra vez este intento esté condenado al fracaso: “eso me pasa por intentar lo imposible”. Pero creo que vale la pena.

*Ciudad de México, octubre de 2023*

## **UNA TRANSICIÓN HACIA LO MISMO**



## CANDIDATA-PRESIDENTA

(El Deber, *enero de 2020*)

George Orwell, un maestro de cabecera, decía que de la política no se puede esperar nada, salvo escoger cuál es el mal menor. Tenía mucha razón. Además, en Bolivia, la política es una caja de sorpresas, una fuente infinita de entretenimiento, nunca sabes por dónde saltará la liebre.

La semana pasada hemos vivido, nuevamente, horas pegados a la pantalla esperando el destape de los candidatos para las elecciones de mayo. Y para decir lo menos, no somos pocos los que hemos quedado estupefactos con los resultados.

El mayor sobresalto lo dio Jeanine Añez, novel presidenta que se ha revelado como una política audaz. De jugar en la segunda división, saltó a la palestra por caprichos del azar –mezclados con la estrategia de Evo Morales que le allanó el camino–; en los pocos meses de gobierno, demostró ser un animal político sofisticado y, como debe ser, perverso.

Controló los movimientos –con costos enormes que tendrá que pagar adelante–, negoció con quien debía hacerlo y logró que todos –hasta los más escépticos– creyéramos en las elecciones venideras. Fue mucho más allá de su mandato y comenzó una agenda de gobierno interviniendo en rubros que no tenía por qué tocar (diplomacia internacional, economía, justicia, etc.). Y para colmo de males, el viernes nos dio la noticia de que quería ser candidata en las próximas elecciones.

Alargar su estancia en el Palacio Quemado, suena a historia conocida, ¿no?

Uno de los tantos errores de Evo –más allá de sus aciertos, que los he subrayado muchas veces– ha sido destruir las instituciones democráticas por su obsesión de controlarlo todo generando una profunda desconfianza en la población. La figura de “candidato-presidente” fue acaso la forma más cínica del modelo electoral del evismo, y una de las razones de su debacle.

Ingenuamente, pensé que uno de los resultados positivos de las movilizaciones de octubre había sido el destierro de esa desfachatez. Nunca más deberíamos permitir una campaña política orquestada desde el aparato estatal, con recursos públicos y candidatos en funciones.

Pensé que en el país había hombres y mujeres con visión de estado, demócratas de convicción, constructores de institucionalidad y confianza. Sí, ya sé, “que la inocencia me valga”, pero abrigaba la esperanza de encontrar alguien que no caiga en la tentación del “poder del anillo”.

Añez mostró que Evo tiene una gran aprendiz que supera al maestro, y que su habilidad política es mayor a la de su antecesor; lo que a Morales le costó catorce años, Jeanine lo hizo en tres meses. Utiliza lo peor de la legislación electoral heredada para autopromoverse. Ahora tendremos que tragarnos en televisión oficial su imagen por todo lado, los funcionarios deberán hacer campaña usando recursos públicos y privados, toda la maquinaria será utilizada a su favor.

La misión de Añez era clara: pacificar y llamar a elecciones, punto. Tenía que entregarnos un país con un nuevo presidente fruto de un proceso electoral limpio, creíble, democrático, ejemplar. De haberlo hecho, hubiera pasado a la memoria como una ciudadana que logró hacer avanzar un poco las cosas –con aciertos y errores– y que ayudó a sacar al país del hoyo tan doloroso en el cual nos metimos el año pasado. Prefi-

rió saltar al ruedo, y vaya a saber qué nación entrega –si la entrega– en julio. ¿Dónde quedó lo transitorio de su gobierno?

Evo construyó la autopista para que Añez la recorriera con comodidad. El diablo no sabe para quién trabaja. Y lástima por quienes escuchen y respondan al seductor llamado de la silla, años les costará borrar ese tatuaje.

## EN BOCA DEL MENTIROSO... LA VERDAD EN DISPUTA

(El Deber, *marzo de 2020*)

Si me pidieran resumir en una frase una de las principales dimensiones del último período del gobierno de Evo Morales, diría que lo que lo caracterizó fue la sed del control total. Se empeñó en dominar y controlar los medios, la justicia, los órganos electorales, los sindicatos, las asociaciones, los intelectuales, etc. Todo debía pasar por la decisión y visto bueno del jefazo. Lo he dicho en otros textos: la sociedad se sometió al Estado, el Estado al partido, el partido al gran jefe. Por su puesto con un indiscutible respaldo popular (y con múltiples resultados positivos en varios ámbitos, también lo he dicho en otras ocasiones).

Pero el afán de control no solo se centró en las instituciones operativas de la política. Desde el principio, la intención fue inventar una nueva narrativa histórica. Lo más importante fue el enorme esfuerzo por imponer los parámetros con los cuales se interprete la realidad, y por tanto, una lectura de la verdad.

Dicho de otro modo, lo que acontecía en la sociedad, cierto o falso, era refrendado o negado y comunicado —y por tanto certificado— desde el aparato estatal y paraestatal. Cualquier error, exceso o abuso se paliaba desde el pulpo ideológico con notable desvergüenza; a la vuelta de las semanas, quedaba asentado, y meses más tarde, olvidado. Como el gobierno do-

minaba el campo político e intelectual, no le resultaba difícil re-definir, desde el Palacio, lo cierto.

Luego de la renuncia de Evo, tras dejar de ser el eje en el campo político local y verse desnudo frente a unas elecciones desaseadas –por decir lo menos–, volvió a acudir al esquema de siempre, pero ahora en el ámbito internacional. Convenció a un sector de una izquierda dogmática urgida por encontrar alguna causa que apoyar en los andes.

Los dos pilares de su relato se concentraron en: la denuncia de un golpe de Estado y la defensa de que las elecciones no fueron fraudulentas. Otra vez el esquema era el mismo, poco importan los hechos, si hubo golpe o no, si hubo fraude o no; la historia sobra, lo fundamental es generar una narrativa dominante con cierto grado de coherencia que permita salir bien parados y dar certezas. Se trata de convencer, otra vez desde la política, de que Evo fue una víctima sometida a un golpe y a una falsa acusación de fraude generada por la derecha radical.

La última arremetida internacional que sostiene que en octubre las elecciones fueron impecables –y que apantalla a ingenuos con estadísticas y apellidos rimbombantes– pretende, nuevamente, imponer una verdad (todavía desconocida en sus detalles). Todo lo que pasó en aquellos intensos días se reduce a cálculos de probabilidades.

Lo lamentable del caso es que, como en el gobierno de Morales no se construyeron instituciones independientes, autónomas y confiables, los bolivianos, emborrachados o confundidos en un mar de interpretaciones contrapuestas que solo entienden especialistas, tenemos que vivir pendientes de lo que se diga en una u otra acera de Washington, cuando el tema nunca debió salir de la Plaza Abaroa.

Es cierto que a estas alturas es muy difícil tener toda la información sobre la mesa respecto de lo acontecido en octubre, pero el peor consejo sería dejarse llevar por la inter-

pretación tendenciosa de una posición política. Y menos por quienes en su historia han demostrado su capacidad de mentir. Ahora aplica bien lo que decía algún escritor novohispano: “de tan verdadera, la verdad se vuelve sospechosa”. O dicho en código popular, en “boca del mentiroso, lo cierto se hace dudoso”.

## EL FINAL DEL TÚNEL

(El Deber, *julio de 2020*)

Cuántas veces hemos acudido a la metáfora de la luz y el túnel. Cuando era estudiante, la variación era el “callejón oscuro”. Propio de un colegio de varones urgidos por demostrar la masculinidad, se formaba un corredor de personas que se enfilaban antes de la puerta; llegar y eventualmente atravesarla, implicaba recibir golpes de mayor o menor intensidad. A pesar de la brutalidad de la práctica adolescente que se presentaba como un juego, las reglas estaban claras. Había un horizonte y una factura que pagar; incluso una estrategia: cuanto más rápido se pasara por ahí, menos serían los moretones.

Traigo ese recuerdo porque me da la impresión de que en Bolivia estamos en un callejón oscuro permanente, pero sin normas y sin una puerta que nos garantice un final. Recibimos madrazos de distintos orígenes: del gobierno, del MAS, del Covid, de vendedores de soluciones milagrosas y de otras tantas fuentes que no sabemos identificar. Todo está borroso, y lo peor es que no aparece ni una tímida vela que destaque al fondo.

Es el tiempo de la incertidumbre, de las preguntas. ¿Cuánto va a durar la pandemia? ¿cuánto va a resistir el aparato de salud pública ya saturado? ¿cuánta tierra pueden tirarse los políticos entre ellos y a qué costo, antes de ponerse mínimamente de acuerdo? Nadie sabe. Frente a la durísima situación sanitaria mundial, nuestro país parece avanzar sin

nadie que agarre el timón, sin un mínimo plan, sin una agenda básica que dé un poco de sosiego.

En el camino, todos se aplazaron. La presidenta Añez ha demostrado incapacidad de gobernar, de formar un equipo estable, honesto y creativo, y ha dejado claro que solo le interesa quedarse en el poder. Si no entendí la torpeza de postularse como candidata hace unos meses, menos comprendo cómo hoy no es capaz de bajarse de la campaña y finalmente pensar que este es un tiempo para atender únicamente la salud de los bolivianos. ¿Le cuesta tanto darse cuenta de que ahora no hay nada que sea más importante?

Por su parte, Evo y sus muchachos hacen honor a su trayectoria, como era de esperar. Ya sabíamos que eran capaces de todo con tal de ganar terreno y no soltar el poder, no es nuevo. Ahora la salud de la gente es un detalle, una raya al tigre, un daño colateral. El MAS ha demostrado en varias ocasiones que no le importa sacrificar ciudadanos –incluso sus propios militantes– si de ello va a sacar algún rédito político. Por eso ataca, impulsa rumores, crea intrigas, pone zancadillas. La variante es que ahora las cifras son cuantitativamente distintas.

En fin, son tiempos difíciles. Parece que ahora lo único que queda es cultivar la paciencia.

## EL DEMONIO DEL PODER

(El Deber, *septiembre de 2020*)

Es una verdad de Perogrullo: el poder llama, convierte, transforma, domina, controla los más nobles espíritus. Nuestra historia está llena de almas frágiles que han sucumbido ante tremendo caballero. En los ochenta, el poder logró que Jaime Paz cruzara “ríos de sangre”, que se olvidara de sus mártires, de su pasado, de las horas de tortura y llanto que había vivido poco tiempo atrás. Ser presidente era más importante, logró un acuerdo con Banzer y se colgó la tan ansiada medalla.

Un par de décadas más tarde, Evo, el sindicalista que vino de abajo, que subió en los hombros de las ánforas a la Plaza Murillo como nadie lo había hecho, no pudo controlar su deseo de quedarse por siempre ahí. Se entregó al canto de las sirenas, prefirió desoír un referéndum, torcer la Constitución, impulsar un fraude, con tal de no irse del palacio.

Añez, que fue recibida con esperanza por un amplio sector de la población, que logró controlar la tensión del año pasado y marcar una agenda de consenso, incluso llegando a acuerdos con el MAS en el parlamento, decidió dejar de ser una presidenta transitoria y se convirtió en candidata hasta hace algunos días.

No recuerdo quién afirmaba que un político jamás dejaría su sed por sentarse en la cabecera de la mesa al menos que fuera obligado por múltiples circunstancias. El deseo de mantenerse en el poder marca el ritmo de la política. Se lo ha dicho tantas veces.

¿En qué se parecen Morales y Añez? En muchas cosas, entre ellas, en que ambos besaron la misma araña y quedaron atrapados en esa red. Evo pudo renunciar a su candidatura, defender el proceso de cambio desde otra trinchera, dar paso a Arce o Choquehuanca antes de tanta movilización y muerte; pero no, prefirió decir y hacer creer que era irremplazable. Añez tuvo la oportunidad de ser una presidenta que pasara a la historia como la que organizó las elecciones más transparentes, necesarias, decisivas, limpias, participativas. Su misión era clara: la transición. Su ambición pudo más. Quiso, como Evo, quedarse en la silla más allá de lo colectiva e institucionalmente acordado.

Su testarudez solo polarizó más al país ya malherido. En pocos meses demostró que se podía tener un gobierno desastroso, y en algunos temas, acaso tanto como su antecesor, el cual había logrado ese título en 14 años. Su capricho colaboró a la rearticulación del MAS, partido que había quedado lastimado, lo unificó hasta extremos impensables, como lograr el coqueteo del Mallku con Choquehuanca. Indirectamente, promovió que Camacho se consolide como un líder indiscutible en Santa Cruz. Logró tirar por la borda el capital político de lo mejor de la izquierda institucional que una vez fue Sol. bo y no permitió el crecimiento de Carlos Mesa. Añez es como las “relaciones tóxicas”: quema a quienes tiene cerca y fortalece a quienes tiene lejos.

Vuelvo a la pregunta. ¿Qué tienen en común Añez, Evo, Jaime (para no hacer una lista inagotable)? Que todos responden a la definición que el último utilizó para sí mismo: “un político de raza”. O dicho de otro modo, todos son “animales políticos”. Se parecen demasiado.

Tolkien, en *El Señor de los Anillos*, dibujó una manera de relacionarse con el poder que va más allá de tiempos y territorios. El problema es que en Bolivia parece que nos sobran Gollums y nos faltan Frodos.

## EL ABRAZO DEL RENCUENTRO

(El Deber, *octubre de 2020*)

Hace unas semanas empezaron a circular emotivos videos del Órgano Electoral Plurinacional en los que se retomaban episodios de los dramáticos días de octubre y noviembre del año pasado. Luego del miedo y la confrontación con distintos rostros (oriente, valles y occidente), al final los protagonistas aparecen en el recinto electoral emitiendo su voto. Cada video ha sido conmovedor, al verlos no he podido detener las lágrimas. No es para menos. Hubo mucha muerte, mucha violencia, mucha descomposición. Las heridas están abiertas, no se ha hecho justicia y, por tanto, no se han terminado de cerrar. ¿Pueden ser las elecciones la ocasión para empezar un entendimiento mínimo? Esperemos que sí.

Veo dos escenarios. Primero el catastrófico: el 18 de octubre, antes de terminar el día, el MAS se declarará vencedor, denunciará fraude y comenzará la movilización radical. Camacho hará lo mismo, se refugiará en Santa Cruz y desde ahí lanzará dardos mortíferos a todo lo que tenga en frente. Añez, nerviosa desde la Plaza Murillo, con otro Murillo al lado, apelará al orden autoritario convocando a las Fuerzas Armadas. Terminaremos el año con más muertes, ¿cuántas y con qué responsables? Difícil de calcular, tal vez más que las del año pasado.

Quisiera creer que hay un segundo escenario. Que sea cual fuera el resultado, todos los actores acaten el resultado del

Órgano Electoral Plurinacional. Que tanto vencedores como los perdedores sepan que tienen una responsabilidad fundamental con el futuro de la nación, y que para que todos ganemos se deben respetar las reglas del juego y la voz de la única institución creíble en nuestro deteriorado país. Quisiera creer que el MAS mostrará un rostro renovado, no beligerante ni chanchullero, y que jugará a la institucionalidad y a la paz. Quisiera creer que Camacho dejará el berrinche adolescente y se convertirá en un dirigente nacional que respete las normas y los protocolos formales de la política. Quisiera creer que Mesa aceptará las conclusiones del OEP y las defenderá más allá de cómo haya quedado parado. Quisiera creer que los ciudadanos depositaremos la confianza en el OEP y que saldremos a las calles solo para defender sus informes y para festejar que ganó la democracia, que todos ganamos. Quisiera creer que hay futuro en Bolivia, que podemos vivir juntos y que las elecciones pueden ser, efectivamente, la ocasión para el abrazo.

La jornada del 18 de octubre puede ser la última oportunidad no para levantar la mano de un ganador que en la otra palma tenga la cabeza degollada del derrotado, sino para felicitar a quien obtuvo el apoyo popular, respetando las reglas, y seguir caminando hacia adelante. Ojalá que estemos en la alborada del renacimiento de una colectividad de diferentes que se respetan, una muestra al mundo del entendimiento de los distintos, y no en la víspera de entierros, duelo, llanto.

Durante mucho tiempo he sido crítico de la democracia liberal y todavía tengo mis reservas. Pero ahora, cuando la estabilidad se sostiene con alfileres, definitivamente creo que nuestra última carta la podemos jugar en las urnas. Por mi parte, felicitaré al vencedor que anuncie el OEP, y le desearé la mejor de las suertes. Sí: abrigo la esperanza del reencuentro.

## UNA NUEVA OPORTUNIDAD

(El Deber, *noviembre de 2020*)

Es tiempo de festejar. El domingo fue un día ejemplar. Todos salieron a las urnas convocados por el voto. Con barbijo, con puntabola, con gel, con esperanza. Como lo había anticipado el Tribunal Supremo Electoral, fue la ocasión para el encuentro de diferentes. El domingo todos ganamos. Ganó la democracia, ganó Bolivia.

Sin duda que hay que felicitar a Luis Arce y David Choquehuanca. Supieron en pocos meses reconstruir su partido, que había quedado maltrecho el año pasado, y condujeron la mejor campaña. Apuntaron bien, dieron los mensajes correctos, aprovecharon cada espacio y metieron un golazo sin trampa, honesto, bien merecido. ¡Felicidades! También se debe aplaudir el rol de Carlos Mesa y Gustavo Pedraza, que a pesar de sus debilidades lograron un resultado importante que inyectará a la política nacional otra dinámica y obligará entendimientos entre los políticos con representación parlamentaria. Los diputados volverán a discutir, no serán una extensión del ejecutivo. Se vislumbran tiempos mejores.

Queda claro que entramos a un nuevo episodio. Aunque a estas alturas espero poco de los políticos, más allá del color de la camisa, espero que el MAS haya sacado una lección de este año lamentable que pudo haberse evitado si la tozudez no se hubiera apoderado del Palacio. Cuánto dolor nos habiéramos ahorrado.

Ojalá que en la gestión política, que es el talón de Aquiles del MAS, no prime el afán de dominarlo todo y someter a todos, que no tengan que acudir a las “pequeñas trampitas” para imponer sus candidatos y violentar las leyes. Que den institucionalidad a los órganos independientes –insisto, independientes– sin agentes ocultos que los regulen, sin llamadas a atemorizados funcionarios que fungen como marionetas. Que en sus campañas no movilicen los recursos estatales, que no hagan una política de derecha diciendo que son de izquierda.

Espero también que Arce y Choquehuanca no hagan pactos con los sectores agroindustriales, que no dividan a las organizaciones sociales para controlarlas ni que las coopten con dádivas públicas. Que respeten la diferencia, que no usen su aplanadora ideológica para someter a todos a una sola lectura de la realidad estableciendo un nuevo pensamiento único. Que no compren medios de comunicación que sean controlados con finos hilos respondiendo a la voluntad de un patrón, ni que los conviertan en altoparlantes de lo que se dice desde la Plaza Murillo.

En fin, quisiera un gobierno de izquierda, pero una izquierda de verdad, no la pantalla que vivimos los últimos años del Evismo. El principal dilema de Arce será retomar el país que le dejó Evo Morales con todos sus vicios y chanchullos, o volver a sus orígenes, a aquel momento de la primera década del siglo, cuando todos creímos que se venía una nueva era. Tendrá que escoger entre vivir a la sombra de Evo o superarlo y mirar al futuro con el espíritu que movilizó a Bolivia el 2005 y que se fue diluyendo en el laberinto del poder y los palacios. Puede empezar con una profunda autocrítica y preguntarse en qué fallaron, por qué llegamos hasta aquí, o puede retomar la soberbia y la altanería propia de sus antecesores. Puede retomar genuinamente lo mejor del extraviado “proceso de cambio” o montarse en la maquinaria del poder que llevó al país al abismo. La moneda está en el aire, pago por ver.

Les deseo mucha suerte a Arce y Choquehuanca, ojalá retomen lo mejor de la izquierda nacional, ese espíritu libertario tantas veces demostrado en nuestra historia y no el rostro autoritario y abusivo que tiene nombres y apellidos. De Arce se sabe poco: que es un buen economista, que es buen guitarrero –sin duda canta mejor que Choquehuanca– y que es poco carismático. Ojalá que, como presidente, no se olvide en pocos años de amarrarse los guatos sin ayuda de un guardaespaldas.

Por mi parte, mi desencanto con la política es tan grande que no puedo levantar ninguna bandera. He visto cómo las más nobles ideas, los personajes más lúcidos y honestos, pueden convertirse en unos meses en gente tan perversa y oscura como aquellos contra quienes se levantaron. Así que no doy mi voto de confianza a nadie. Mi apuesta sigue siendo hacia lo pequeño, abajo y a la izquierda. Sigo creyendo que otra izquierda es posible, y que se deben impulsar circuitos autónomos que no favorezcan la acumulación del poder en un nombre, y que piensan en el bien colectivo.



**POR UNA IZQUIERDA DE IZQUIERDA**



## EL EVO QUE SIEMPRE FUE

(El Deber, *diciembre de 2020*)

A veces, repasar los cajones de los recuerdos trae sorpresas. Por distintos motivos, guardé uno de mis cuadros más preciados –un Mamani Mamani antes de que fuera un artista de Estado– empaquetado en periódicos de la época. Al despedazar la envoltura como niño que rompe el papel de su regalo luego de dieciséis años empaquetado, me detuve azorosamente en una página: el editorial de La Razón del 10 de julio del 2004 titulado “Cuando la política duele”. No recuerdo mucho el contexto, creo que era un acercamiento de Evo Morales, entonces líder cocalero, con Carlos Mesa, entonces Presidente.

Reproduzco textualmente algunos extractos:

“Evo Morales surgió de improvisto en el trópico cochabambino y de inicio se notó que aparecía en el escenario político un personaje joven que iba a dar qué hablar. Mostró las cualidades que son indispensables para la política boliviana –picardía, sorna, impostura y arrojo–, su nombre empezó a escucharse por todos lados y los sucesivos gobiernos empezaron a sentirse incómodos ante un dirigente al que sus bases obedecían y que se había convertido en un especialista en bloqueos de caminos y carreteras...

“Los caminos de la política son muy duros, mucho más de lo que se cree. Paz Zamora, Banzer y Sánchez de Lozada (...) pagaron muy caro su paso a la presidencia (...). Evo Morales no podía ser la excepción.

“Ya ha tenido algunos disgustos y encontronazos el líder cocalero. Su aproximación al actual Gobierno le ha debilitado un flanco por donde van a querer meter sus lanzas algunos enemigos. Pero de los disgustos que duelen, Morales ha tenido últimamente dos. La sublevación de los senadores del MAS fue el primero, cuando el diputado Escóbar le hizo comprender que no era impunemente poderoso. Evo Morales lo hizo echar del MAS en una asamblea –sin proceso ni tribunal– para demostrar su poder omnímodo. Pero Filemón Escóbar no es un dirigente del montón, ni mucho menos.

“La respuesta fue inmediata y contundente. Jaime Solares anunció que la COB expulsaba con ignominia de sus filas a Evo Morales, por “traidor”, “vendepatria” y “mesista”. (...). Los dolores de la política han comenzado para Evo Morales”.

No voy a entrar en detalles del momento. El lector de nuestra era sabrá juzgar si el perfil esbozado en aquel editorial de hace más de tres lustros dibujaba la esencia del personaje que después devino Morales en el centro del poder boliviano. También es el lector quien sabrá apreciar el curioso cambio del matutino de entonces al de hoy, en el cual sería imposible encontrar una crítica a algo que venga del MAS; con los años uno ya sabe quién tiene La Razón. Lo que me queda claro que siempre se puede encontrar enseñanzas mirando al pasado. “La historia es el juego de la Fortuna”, por eso su devenir es una constante interrogación, decía Octavio Paz.

## RECUPERAR LA DEMOCRACIA POR DECRETO

(Página Siete, febrero de 2021)

De niño viví una dictadura, tal vez la más cruenta de la historia de Bolivia. Me refiero, claro está, a la que encabezaron Luis García Meza y Luis Arce Gómez en julio de 1980. Fue la época donde el terror se apoderó del Palacio de Gobierno. Si bien años atrás otras fuerzas militares habían sido muy represivas, esta vez se tocaron los límites del espanto y del descaro, entre el narcotráfico y la intervención de fascistas de trayectoria mundial. En aquel gobierno la muerte viajaba en ambulancias, el Servicio Especial de Seguridad, que era la expresión formal de los paramilitares, patrullaba las calles de La Paz en vagonetas café que, al verlas, me temblaban las piernas.

Yo tenía diez años, y aprendí rápidamente que había que callarse en la escuela, que había que medir las palabras, que no se debía comentar las actividades políticas de mi padre ni los amigos que nos visitaban en casa. Y luego vino lo peor: el 15 de enero de 1981 encontraron a mi papá con varios compañeros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria reunidos en Sopocachi. El régimen mató a ocho compañeros de la manera más horrenda. Se ensanchó la lista de los mártires que desde varios años atrás ofrendaron sus vidas para conseguir democracia.

En ese período, la tortura fue parte de la política. Varias personas murieron torturadas, no a balazos. Murieron a causa de esa espantosa práctica que es destrozarse el cuerpo poco a poco en sus partes más sensibles para provocar dolor, para que

la muerte sea más cruel. Los certificados de defunción decían que aquellos luchadores murieron por herida de bala. Mentían.

García Meza y Luis Arce estaban acostumbrados a mentir, buscaban mostrar una historia torcida, falsa de los hechos. En el caso del asesinato de los del 15 de enero, dijeron que hubo confrontación armada, que eran “terroristas”. Años más tarde vimos las fotos del Ministerio del Interior en las cuales el cadáver de mi padre aparecía con un poncho y una escopeta en el pecho. Un montaje descarado frente a los hechos, frente a la verdad.

Por eso aquel 10 de octubre de 1982 lloré de emoción, cuando por fin se recuperó la democracia gracias a las luchas de diversos sectores sociales acumuladas en varios años, la vida de tantos mártires y la movilización de todo un pueblo. Ver a Hernán Siles Zuazo en la Plaza Murillo era la consolidación de una batalla que nos había costado demasiado.

Hoy, a varias décadas de distancia, el presidente Luis Arce quiere torcer la historia a conveniencia. Al presidente se lo eligió como gobernante de los bolivianos, no para que manipule a su antojo e interés el pasado del país. Se espera de él que conduzca la nación por mejores caminos en estos tiempos tan delicados, no que invente narrativas forzadas que son un insulto a la dignidad de nuestra historia, de nuestros muertos y de la democracia de la cuál él es un privilegiado. ¿Por qué se empecina en montar un relato de golpe de Estado y de dictadura cuando todos sabemos que no hubo tal? Me queda claro que la intención es lavar la imagen de sus antecesores, esconder los errores, guardar la basura debajo la alfombra para que nadie la vea. Cuanto más grande es el pecado, mayor debe ser la mentira. Por eso se esfuerza en llamar “golpe” a una compleja, delicada y dolorosa sucesión presidencial; “gobierno de facto” a un “gobierno transitorio” –desastroso, nadie lo niega–; “recuperación democrática” a una indiscutible victoria electoral.

Puede el presidente emitir los decretos que vea conveniente, puede mentir con el mismo cinismo de algunos que lo precedieron, puede parecerse a los más perversos políticos que, una vez que tomaron el mando, reescribieron los hechos tergiversando la realidad. La historia la escriben los vencedores, los poderosos, lo sé, siempre ha sido así. Pero su gobierno no podrá tirar a la basura la verdad. Sus decretos no desvanecerán la sangre de quienes lucharon contra los dictadores, ni evaporarán de nuestra memoria la alegría de volver a vivir en un país democrático. Eso sucedió aquel octubre: el de 1982.

## EL NUEVO CICLO AUTORITARIO

(Página Siete, *marzo de 2021*)

Estoy impactado. Hace unos meses escribí un libro que titulé *El desencanto*. 14 años del gobierno de Evo Morales (Ed. 3600, 2020). Ahí expliqué mi tránsito de la euforia del apoyo al presidente, a la decepción por descubrir en él a un gobernante déspota. Pensé que mi desasosiego con la política había llegado a su límite, pero no, el gobierno de Arce me sorprende todavía más: los últimos juicios y detenciones lo dibujan de cuerpo entero.

Hay que empezar recordando que en octubre del 2019 se generó un movimiento social que giró alrededor la defensa del voto y la democracia. Como todo movimiento tuvo aciertos, errores, excesos, incoherencias, contradicciones, y su destino final fue lamentable, aunque dio como resultado una presión popular contundente que condujo a la renuncia del presidente Morales (como lo hizo Goni el 2003). Logró lo impensable, que la autoridad más fuerte de la década tuviera que dejar el cargo. Acusar de “golpe de Estado” a esa movilización es pernicioso y deshonesto, se inscribe en lo que siempre hacen los poderosos: criminalizar los movimientos sociales e inventarles una nueva historia. En suma, mentir amparados en su poder.

No debemos olvidar que Morales al huir del país, se empeñó en sembrar el terror provocando un vacío para dejar actuar a sus allegados en completa libertad. Los relatos de lo

sucedido el 10 de noviembre del 2019 en La Paz y en otras ciudades son espeluznantes. Casas incendiadas y allanadas, buses públicos quemados, piedras rompiendo los vidrios de los domicilios, niños llorando en el interior, gente desprotegida y buscando cómo defenderse porque la policía no actuaba, golpes y amenazas, fuego, palos, insultos. Esas horas de miedo, esos momentos en que niños asustados se refugiaban en los brazos de sus madres, protegidos en algún pasillo de su casa evitando las piedras que atravesaban sus ventanas y temblando por los gritos amenazantes de afuera, no se podrán borrar de la memoria. Y tenemos la responsabilidad de que así sea.

Pero volvamos al punto. El gobierno de Arce, además de anular esos recuerdos, ha empezado a utilizar la justicia con objetivos políticos. Evo lo hizo durante 14 años, Añez durante un año, y Arce aprendió más rápido que todos, en cuatro meses. Me impresiona cómo el presidente Arce y los suyos, que criticaron tan acertadamente la persecución política y el mal uso de la justicia contra sus militantes, hoy repitan el libreto con peor saña. Entre Arce y Añez, en ese punto, hay pocas diferencias.

Tendenciosamente, el gobierno pretende imponer el relato del “golpe de Estado” y meter a todo y todos en ese saco. Para ello acude a algunas buenas fotos y símbolos, y sobre todo se refugia en las atroces matanzas de Senkata y Sacaba sucedidas días después de la movilización por la democracia. Hay que decirlo con toda claridad: los responsables de tales matanzas deben ser juzgados en un proceso justo, imparcial, y deben cumplir su condena. Pero a la vez, y se debe afirmar con igual contundencia, las muertes sucedidas en los 14 años del gobierno de Evo Morales deben ser, todas y cada una de ellas, sometidas a un juicio justo y condenar a sus responsables. No hay que olvidar que en las últimas semanas de su gestión al menos tres personas opositoras al régimen perdieron la vida, sumándose a la larga lista de muertos provocados durante el

gobierno del expresidente. ¿Puede haber víctimas de primera y de segunda? ¿valen más los muertos de una posición política que los de otra de acuerdo a la conveniencia de la coyuntura? No. No puede haber muertes impunes, en todos los casos se debe buscar justicia y condenar a responsables. Justicia para todos, no para los que favorecen al poderoso en turno y a un relato de la historia. “Ni olvido ni perdón”... para nadie; justicia para todos.

En fin, el comportamiento del gobierno de Arce, que indulta a sus militantes que causaron espanto, destrozos y dolor, y que manda a prisión a sus opositores políticos, es una muestra de que no se aprendió la lección del 2019. Todo lo contrario, es un esfuerzo por reinstalar el régimen de gobierno autoritario que controla todo (la justicia, los medios, las instituciones, los sindicatos, etc.) más allá de cualquier institucionalidad democrática, como lo hizo Evo. El mandato del presidente resultado del triunfo electoral del 2020 era pacificar el país, no polarizarlo; construir instancias independientes, no someterlas; luchar por la unidad de la nación acercando posiciones, buscando los puntos de encuentro y el diálogo, no empeñarse en la confrontación que genera odio y nos puede llevar a más luto. Todos queremos paz con una justicia independiente, y el gobierno debería ser su principal promotor.

Qué lejos están las falsas promesas de reconciliación que salieron en la campaña, cuán equivocados estábamos quienes creímos –un poquito– que del masismo podía salir una renovación democrática. Estamos ante el inicio de un nuevo ciclo autoritario.

## LA IZQUIERDA Y EL PODER

*(Página Siete, abril de 2021)*

Estos son tiempos oscuros. En el ámbito intelectual, el panorama es desértico: la mayoría de las voces que otrora eran más o menos lúcidas, ahora están atrapadas en debates falsos o malintencionados. Es deprimente percibir cuán dependiente es el mundo de las ideas del pulso de la política.

Por su parte, el campo político es decadente. Desde las mayores autoridades hasta los más pequeños dirigentes son lamentables. Escucharlos es tan aburrido como ver una telenovela mexicana de los noventa: previsibles, poco imaginativos, los buenos contra los malos, ley del menor esfuerzo y mayor provecho.

En ese escenario taciturno, me pregunto qué pasó con la izquierda nacional, aquella que brilló décadas atrás por su capacidad de movilización, de innovación, de creatividad, de compromiso, de visión. ¿Dónde se fue?

Seguramente hay muchas respuestas. Por mi parte me pregunto qué hizo el poder con la izquierda —y no la izquierda en el poder, que amerita otra reflexión—. Tengo la impresión que el paso por el Estado, más allá de los innegables logros y avances, la dejó pulverizada.

Primero, se instaló lo que llamaría una izquierda oficial o estatal que demostró en los hechos que puede ser tan déspota, mentirosa, corrupta, abusiva y en el límite antidemocrática como la derecha. En muchos puntos los mayores

representantes de la izquierda estatal se parecen demasiado a la derecha estatal; es difícil encontrar diferencias.

Por otro lado, la izquierda oficial eliminó la diversidad y se esforzó en que exista una voz, una sola manera de ser de izquierda, la que ellos definieron como la correcta, legítima, suficiente. El que no está de acuerdo su línea “le hace el juego a la derecha” y es un traidor. Se ha instalado un nuevo pensamiento único cortesano que no tolera la disidencia, el diferente, ni la voz propia.

La izquierda oficial es la de los privilegios. Le gustó tanto el poder que ya no quiere soltarlo. El proyecto —llámese “proceso de cambio”— está sometido a la sed de administrar el Estado y sus tentáculos (periódicos, canales, empresas). Comprendo, es difícil dejar el buen salario, la visibilidad, el mando en alguna institución, el respeto de cierto público, los viajes, las embajadas, las recepciones oficiales, las alfombras rojas y tantos réditos que deja ser de izquierda hoy.

La izquierda estatal inventa la historia como le da la gana, miente, construye datos falsos, borra los verdaderos, crea relatos increíbles y los impone. Hace una historia a modo, como si fuera cuestión de transformar una fotografía con Photoshop, eliminando episodios y destacando otros. Otra vez, quien no esté de acuerdo es golpista o racista.

Ya lo he dicho previamente: hoy lo correcto es ser de izquierda —oficial—, porque significa ser parte del esquema del poder. Este es el momento estratégico para ser de izquierda, no en los setenta cuando había que dar la vida para recuperar la democracia; no en los ochenta y noventa, cuando había que luchar contra el neoliberalismo y arriesgarlo todo.

Por eso entiendo a quienes hoy se montan en el proyecto de la izquierda estatal dominante. Aquellos que en su momento apoyaron la consolidación del proyecto neoliberal, los que consideraban a Eduardo Galeano un romántico atorillado en los setenta, los que escuchaban y repetían encanta-

dos las ideas gonistas o tutistas, hoy entonan el coro de “patria o muerte”. Los comprendo, están eternamente en la trinchera de los vencedores, en la trinchera del poder que ahora en algún lugar lleva la palabra socialismo.

A menudo extraño aquellos lejanos años, esa izquierda “incómoda” que construía el futuro desde las calles, no desde los escritorios burocráticos. El poder destrozó la izquierda. Triste destino para una apuesta tan vital.

## LAS IZQUIERDAS

(Página Siete, *mayo de 2021*)

En mi último artículo publicado en este mismo espacio, me referí a la relación entre la izquierda y el poder, o más bien a cómo en Bolivia el uno destrozó al otro. He recibido varios comentarios sobre el mismo tema que quisiera considerar.

Un amigo me decía que, a pesar de que en cierto nivel algunas prácticas de la izquierda se confundan con la derecha, no hay que dejar de lado que, por más que en las formas ambas expresiones sean muy parecidas, sus justificaciones, su origen y su intención son distintas. Es cierto, en principio, aunque parezca esquemático, la izquierda representa a los grupos subalternos y la derecha a las clases dominantes.

En ese sentido, hay que reconocer que la “izquierda estatal” u “oficial” es una expresión genuina de los sectores populares. Si bien ese no es un valor en sí mismo –recordemos que los regímenes más horribles de la historia gozaron del apoyo de la gente–, no se puede dejar pasar que el grueso de la población, y particularmente las clases desfavorecidas, tienen sus esperanzas puestas en esa oferta política.

Eso no quita que, al interior de lo que se denomina “sectores populares”, se reproduzcan jerarquías tan excluyentes como las contradicciones de clase más tradicionales. En Bolivia, por ejemplo, los cocalleros del Chapare en pocos años terminaron siendo los mimados del Estado y los nuevos po-

derosos entre los subalternos; el ejercicio de dominación creó nuevas jerarquías y otros sometimientos.

Pero volvamos al punto inicial. Pensar en el drama de que en la práctica la izquierda pueda ser tan parecida a la derecha, conduce a preguntarnos si estamos frente al fatalismo. ¿Siempre tiene que ser así? ¿Hay opciones? ¿El poder está maldito como lo anunciaban los anarquistas? El dilema amerita dos consideraciones.

Primero, no hay que olvidar que, en el caso boliviano, no hay una izquierda, sino muchas. Si bien la dominante que tomó el gobierno desde el 2006 intenta aplanar la diversidad y mostrarse como la única, eso no impide que, en muchos ámbitos (políticos, sociales, intelectuales, culturales) las izquierdas se expresan y manifiestan, aunque sean menos visibles. El espejismo de un solo relato válido –impuesto desde el aparato estatal– oculta las aguas subterráneas que componen esa corriente ideológica que es, antes que nada, plural.

En segundo lugar, hay que recordar la discusión que se dio hace un par de décadas en América Latina sobre el sentido de tomar el poder y sus riesgos. No pocos se preguntaban a dónde nos llevaría tener las riendas del Estado antes de que se hiciera ese sueño realidad. A mi entender, el problema no está en el asumir la conducción de lo público, sino en que la necesidad –necedad– de quedarse ahí termine por enterrar –y por supuesto traicionar– el proyecto original, como sucedió, claro está, en Bolivia.

Por último, recuerdo un artículo de Bourdieu que leí hace mucho que titulaba algo así: “no hay democracia efectiva sin un contrapoder crítico”. La izquierda oficial se encargó de silenciar o someter todo contrapoder, toda opinión distinta, lo que condujo a un monólogo que explotó el 2019. Mató así uno de los pilares de esta tradición: la crítica.

¿Hay salidas? ¿Otra izquierda es posible? Yo creo que sí, considero que se debe empezar por una profunda revisión

de los errores, por la ruptura de discurso dominante y por dejar que surjan nuevas voces que refresquen esa corriente progresista que tanto ha dado a nuestro país y que ahora se encuentra aplastada por los altoparlantes oficiales.

## POLÍTICA A GOLPES

(Página Siete, *junio de 2021*)

La semana pasada en la Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia fuimos testigos de un denigrante episodio que quedará para la historia. Un diputado y un senador se agarraron a patadas y puñetes. Sí, difícil de creerlo. Los hechos son conocidos: en el marco de la interpelación al ministro de Gobierno Eduardo Del Castillo, tras un jaloneo en el centro del hemisiclo, el diputado David Choque, del MAS, pasó a la violencia física pateando al senador de CREEMOS Henry Montero, quien respondió con certeros golpes tumbando al agresor.

Lo que podría pasar como un jocoso episodio de cantina, sucedió en el lugar donde, se supone, debe ser el espacio de discusión, argumento, deliberación, encuentro y resolución de problemas nacionales. Pero lo peor es que no se trata solo de un brote de violencia propio de los partidos, sino, a mi entender, es la muestra de la decadencia de la política, y sobre todo de sus presentantes.

Decadente el ministro, que cuando es llamado a explicar el porqué de una detención a todas luces arbitraria, en vez de llevar razones, carga en su maletín insultos y descalificaciones. Y peor, moviliza el espectáculo utilizando las víctimas a su favor, convirtiéndolas nuevamente en víctimas, utilizándolas como fichas con fines estrictamente políticos.

Decadente el diputado Choque, tanto porque fue el primero en empezar la agresión, cuanto por su argumentación

posterior. Acudiendo al victimismo que ya usó en repetidas veces su jefazo, justifica sus golpes con un argumento étnico y machista: es un justiciero que utiliza sus puños para que defender a una mujer de origen popular. Su posición étnica, que no tiene nada que ver en un conflicto de machos, fue usada para ocultar su inaceptable procedimiento. Nada nuevo.

Decadentes las reacciones posteriores, desde el patético titular en primera plana de un matutino que solo atinó a decir: “La defensa de Añez causa un bochorno en la asamblea”, ocultando lo que realmente sucedió (era de esperar de un medio para-estatal), hasta intelectuales que justifican la violencia de uno u otro lado. Algunos vieron con morbo gozoso los golpes y dijeron: “se lo buscó”, en alusión a que Choque salió perdedor de la confrontación, cual si estuvieran frente a un cuadrilátero esperando que el árbitro levante la mano de un vencedor. No: todos perdimos la tarde de ese martes.

Decadente el senador Montero, que sin ningún tino político cayó en el juego del masismo, y demostró que es incapaz de controlar sus impulsos. Era la oportunidad de enseñar templanza e inteligencia, y solo dejó ver que es ágil con los puñetes. Montero debe caer en cuenta que no está en un bar y que es un representante nacional.

Decadente el presidente Arce que está conduciendo al país hacia el lugar de la confrontación sin salida donde reina la violencia y el odio al otro, y no hay ganadores. Cuánta falta nos harían los líderes socialistas de los 70 a quienes les gusta recordar en el discurso, pero ocultar bajo la alfombra en los hechos. Cuando la nación exige una conducción sabia, progresista, visionaria, estratégica, conciliadora y justa, tenemos una autoridad que se monta en el discurso forzado del golpe de Estado inexistente –aunque sin duda es un relato eficiente–, que utiliza la justicia a conveniencia, y que a duras penas enfrenta la pandemia.

Decía que la refriega de hace unos días es una pequeña muestra de una clase política que, en sus distintas expresiones, es mediocre y no está a la altura de los difíciles desafíos de este tiempo. Todo indica que, si Bolivia sale del precipicio al que nos condujeron propios y ajenos hace varios años, no será por sus gobernantes. Los ciudadanos estamos solos, el destino está en manos de la sociedad civil que ojalá pueda en verdad “salir adelante” a pesar de la podredumbre del mundo político.

## LOS “FACHOS” Y EL PRESIDENTE TROVADOR

(Página Siete, *septiembre de 2021*)

Con el riesgo de repetir lo que ya dijeron algunos columnistas en la prensa (Andrés Gómez Vela y Martín Montero), retomo un tema que da para mucho. Hace unas semanas, el presidente cantó a voz en cuello la preciosa cueca La Caraqueña, compuesta por Nilo Soruco en Venezuela, cuando estaba exiliado en la dictadura de Hugo Bánzer. Lo hizo desde el centro del poder político, con uno de los grupos más importantes del país como compañía de fondo, con los micrófonos y las cámaras a la orden. Llegando al estribillo “Ya la pagarán no llores prenda, pronto volveré”, cambió la letra por lo que todos conocemos.

No sé cuántas veces habré escuchado y cantado esa bella canción. Recuerdo largas guitarreadas en las que, cuando llegábamos a esa parte de la letra, teníamos que bajar el volumen para evitar que los vecinos nos escucharan. Era peligroso, había canciones prohibidas. En aquellos años, esa letra era subversiva, desafiaba al poderoso sabiendo que podía tener un costo. El “facho” era el militar gobernante que en cualquier momento podía tocar las puertas. Era música de protesta, en dos sentidos: protestar –queja respecto de algún tema–, y juramentar una filiación de lucha. Les decíamos a los dictadores que pagarían por sus atropellos. Era el grito democrático –acaso ingenuo y esperanzador– de los oprimidos frente al poderoso.

Que ahora la mayor autoridad del país entone esa melodía, sabe a café descafeinado. O peor, se escapa un tufo de amenaza. Se trata de un himno de poder que lanza una advertencia tenebrosa.

El mensaje se inscribe en una retórica de reconversión de contenidos orquestada desde el gobierno. Por todos los frentes se empeñan en dar la vuelta a los conceptos básicos: una victoria electoral es una “recuperación democrática”; la renuncia-huida de un presidente es un “golpe de Estado”; un movimiento social democrático es un grupo golpista-terrorista; el vandalismo urbano es “heroísmo revolucionario”.

Darle vuelta a los hechos en la era de la posverdad, ha llevado a límites impresionantes. Tanto se ha torcido todo argumento que la hija de un amigo mío que participó en la resistencia de octubre-noviembre del 2019, que vivió la violencia en carne propia, que sintió el miedo cuando un grupo gritaba en la puerta de su casa rompiendo vidrios y prendiendo fuego, le preguntó a su padre: ¿entonces resulta que ahora nosotros somos los golpistas?

Lo que busca el gobierno a través de su estrategia discursiva es imponer categorías legítimas que clasifiquen a todos en su tablero, siendo ellos los buenos y los demás los malos.

Habría que volver a preguntarnos qué es un “facho”, y quiénes son los “fachos” de nuestro tiempo. Facho es el que amenaza desde el poder, el que miente, el que da la vuelta a la historia para buscar beneficios políticos. Facho es quien se aferra al gobierno y que acude a todos los recursos –fraude, violencia, mentira, etc.– para no soltarlo. Es el que ha disfrutado las mieles del poder durante varios lustros, el que le gusta mandar y hacer obedecer. Facho es el que miente con descaro ocultando datos y mostrando solo los que le conviene, es el que amenaza a los defensores de derechos humanos. Es el antidemocrático, es el violento, el intolerante que no soporta al que piensa diferente y lo calla a golpes. Es el que adora el

pensamiento único, el que repite los dogmas del jefe. Facho el que quiere el control total, al que le encanta polarizar, disfruta de la guerra, adora los extremos y la confrontación y piensa que solo hay salida si se elimina al contrario. Facho es quien le ha dado a la política un solo sentido: imponer su verdad.

Sí, el país tiene muchos fachos con nuevos rostros, en uno y otro lado; unos son francos, abiertos, transparentes, otros que visten su discurso con palabras melosas barnizadas con un socialismo que ya no convence. Los que acusan a los demás de ser fachos sin mirarse en el espejo, y hasta pretenden dar lecciones de cómo no volverse facho.

Cuando el presidente canta una cueca como un himno de guerra, luego de usar la justicia a su conveniencia, de polarizar hasta el cansancio, de ejercer el gobierno con abusos que todos conocemos, da miedo. Qué lejos están aquellas guitarreadas cuando cantábamos La caraqueña con los amigos, con temor y con esperanza. Ahora solo nos queda repetir “nunca el mal duró 100 años, ni hubo pueblo que resista”. Ya vendrán tiempos mejores.

## POR UN PRESIDENTE PARA TODOS

(Página Siete, octubre de 2021)

Hace un año, los bolivianos salimos a votar. Atravesamos por tanto dolor en el 2019 que las urnas parecían ser la única y la mejor manera de superar las tristes jornadas, acaso la última tabla de salvación. El resultado sorprendió a todos, Luis Arce ganó con 55% de los votos. Leí el resultado con sorpresa, pero a la vez con sosiego. Volveríamos a tener estabilidad, todos habríamos comprendido el mensaje del anterior octubre: los gobernantes sabrían que no pueden hacer lo que les dé la gana, y la población les daría otra oportunidad.

Aunque por principio y experiencia desconfío en los políticos, le di al presidente el beneficio de la duda. Tal vez podría hacerlo bien, finalmente era un hombre honesto, sensato, con sólida formación técnica, realista y con experiencia de gestión pública. Pero parece que, otra vez, me equivoqué.

Luis Arce pudo ponerse como desafío ser el mejor presidente de Bolivia, pues recibía un país maltrecho, al borde de la guerra civil y sediento de paz. Pudo establecer una agenda de diálogo con actores contrapuestos, profundizar los hilos comunicantes en lugar de subrayar las diferencias. Pudo impulsar una agenda del consenso, hacer de la política el espacio para deliberar las diferencias, no la oportunidad para que prime el “ojo por ojo”, el “si me pegan pego”. Pudo rodearse de ciudadanos comprometidos con el verdadero “proceso de cambio”, no de militantes dogmáticos y violentos que salen

a las calles a golpear a manifestantes que levantan la tricolor. Pudo comenzar un profundo proceso autocrítico, identificar los errores de su antecesor y buscar corregirlos; impulsar la justicia para todos los responsables de las represiones, las masacres y las violaciones a los derechos humanos en las dos últimas décadas; poner en la misma silla a quienes mancharon sus manos en La Calancha, Porvenir, Chaparina, Montero, Sacaba, Senkata, etc. Resarcir a todas las víctimas, acogerlas más allá del color que tengan.

El presidente pudo darle un nuevo impulso al “socialismo latinoamericano del siglo XXI”, no apoyado en los regímenes que dan más vergüenza que luces. Pudo retomar lo mejor de la izquierda boliviana de los setenta y ochenta, aquella que dio su vida por la democracia. Pudo mirar a Salvador Allende y no a Daniel Ortega, inspirarse en Marcelo Quiroga y no en Nicolás Maduro. Pudo demostrar que socialismo combina con democracia, que socialismo también es pluralidad y respeto al otro, no imposición y odio desenfrenado.

Luis Arce pudo devolverle a la Wiphala el sentido de diversidad, de inclusión, de lucha, de unidad; no secuestrarla para su partido como estandarte de combate, como arma de trinchera. Pudo escuchar más a los promotores de la paz y aislar a los que les excita la guerra. Pudo ser honesto con la historia, reconocer que la democracia se la recuperó en 1982, que lo suyo fue una merecida victoria electoral, aceptar que jamás hubo “golpe” sino un cúmulo de errores y abusos que nos llevó a todos a la confrontación.

En suma, Luis Arce tuvo la oportunidad de ser un estadista ejemplar, recibir un país moribundo y devolver una nación sólida, fraterna, igualitaria y justa; darle una segunda vida al “proceso de cambio”.

Por lo que vemos, prefirió gobernar bajo el espectro del jefazo, se siente más cómodo como reflejo desdibujado de su predecesor, que como un gobernante autónomo, pro-

positivo y con imaginación política propia. Parece que optó por llevar la nación a punto cero, a la confrontación absurda, como si quisiera volver al escenario del 2019 y, ahora sí, salir victorioso de una guerra civil provocada.

El presidente tiene cuatro años por delante, es su responsabilidad conducir al país hacia la convivencia y no volverlo aún más intolerante y rabioso. Está a tiempo, pero no parece que esa sea su voluntad. Si sigue así, se lo recordará como el arquitecto de un nuevo ciclo autoritario, padrastro de un país invivable donde reine la violencia.

Ojalá se escuche a sí mismo cuando era joven y guitarraba soñando con una Bolivia justa. Ojalá que aquella propaganda que se repite en todos los medios –“vamos a salir adelante”– involucre no solo a su 55% de electores, sino a los ciudadanos bolivianos que hemos atravesado por episodios demasiado duros y que, si algo nos une, es la búsqueda de paz.

## EL ESTADO PARALELO

*(Diciembre de 2021)*

El gobierno utiliza, como es de esperarse, todos sus esfuerzos para reestablecer el régimen de control que le dio holgura durante sus 14 años anteriores. Ha desempolvado las prácticas mezquinas y busca volver a sus mejores momentos donde todo (justicia, medios, organizaciones, sindicatos, etc.) pasaba por uno de sus tentáculos. En algunas instancias lo ha logrado sin dificultad, en otras –como los colaleros de Yungas– le está costando más trabajo.

La última aberración fue con el tema de derechos humanos. Se ha escrito ya sobre el retroceso que hemos vivido en este período. El MAS se ha empeñado en desnaturalizar los derechos humanos, creando una jerarquía entre los humanos de primera –sus militantes que merecen todos los privilegios– y los de segunda –a quienes se les aplica la ley, controlada, evidentemente, por el masismo–.

Las detenciones arbitrarias van de la mano del desmantelamiento de las instituciones que mínimamente podían dar una pequeña y tibia defensa a la gente frente a la fuerza abusiva del MAS. La creación de una Asamblea de Derechos Humanos paralela que es tan funcional como sus medios de prensa o sus sindicatos, es simplemente un despropósito que solo puede arrancar carcajadas. ¿Son esos “para-funcionarios” los que van a defender a los ciudadanos?

Uno de los acentos del gobierno, o más bien de la cultura política masista instalada y labrada con los años, es no utilizar solamente los recursos estatales para sus fines —la prueba más escandalosa fue la “elección de Estado” que hicieron el 2019—, sino, además, promover instancias fuera del aparato estatal que, con distintos grados de inserción en la sociedad civil, funcionen como operadores políticos. Aquello se podría llamar un Estado paralelo.

En el 2019 esa estrategia fue exitosa: se mandó a “ciudadanos” a quemar casas, buses, golpear, destrozarse todo lo que encontraban en el camino y aterrorizar a vecinos sin el menor descaro. Claro, no eran “agentes del orden” que luego puedan ser juzgados, no eran policías o militares —como sucedió en Nicaragua, por ejemplo—, era gente, masa que luego sería imposible condenar.

Algún defensor del MAS decía en medios que la violencia en aquel período fue “ciudadanos contra ciudadanos”, por tanto, no hay a quién juzgar. Lo que ocultan es que unos “ciudadanos” eran en realidad militantes cumpliendo órdenes emitidas por oscuras autoridades. Lo mismo sucedió en las confrontaciones de hace unos meses, cuando burócratas disfrazados de ciudadanos salían a las calles a golpear con palos a quienes se manifestaban la tricolor boliviana.

La promoción de estos grupos paralelos que actúan fuera de las leyes y hacen lo que su conciencia les manda, amparados en una deslucida retórica socialista, es parte de una estrategia de creación de un Estado paralelo que no se rige por leyes sino por intereses de los gobernantes. Hemos llegado un punto donde a menudo uno se pregunta si el presidente es Luis Arce, democráticamente elegido con amplia votación, o más bien Evo Morales que convoca a movilizaciones, representa al país en el extranjero, se desplaza en transportes oficiales, goza de todos los privilegios, y sus deseos son órdenes para propios y extraños. Triste: el Estado paralelo tiene su para-presidente.

Es enorme el riesgo para la democracia provocado por una política paraestatal, y el MAS está dando pasos agigantados para convertirse en el verdugo de aquel régimen arrancado a la dictadura en 1982, y del cuál el propio MAS ha sido uno de sus principales beneficiarios –y en contados momentos de lucidez, su promotor–.

Si seguimos en ese camino, más temprano que tarde llegaremos al sueño de masista del partido único, al ejercicio despótico del poder y a un autoritarismo que aplane toda pluralidad y disidencia. Eso si no atravesamos antes por dolorosas confrontaciones que dejen más luto, o, si no emerge algún otro líder iluminado que lleve el péndulo en otro sentido y que, con una retórica contraria, haga exactamente lo mismo. Ciertamente, el panorama es poco alentador.

## LOS LIBROS Y EL PODER

(Página Siete. Enero 2022)

Cuando estaba en el segundo trimestre de la carrera de sociología, en la Universidad Autónoma Metropolitana en Ciudad de México, tuve un profesor anarquista, maravilloso. Entre otras cosas, al final del curso nos invitó a que nos autoevaluáramos. Lo hice, con cierto pudor, acostumbrado a ser sujeto del sistema de evaluación propio del colegio jesuita en el que había estudiado. Al principio no entendí de qué se trataba, tuve que digerir con calma tal transgresor aprendizaje.

Recuerdo poco del contenido de aquella materia, salvo la enseñanza final, el gesto evaluativo, pero guardo bien una lectura que el maestro nos compartió: *De los libros al poder*, de Gabriel Zaid (Ed. Grijalbo, México, 1988). Buscando en la biblioteca que dejé en Bolivia y que recientemente redescubrí, me encontré con él, a dos décadas de distancia. Ha corrido agua por este puente, así que ahora leo el documento con ojos que vieron pasar muchas cosas. Retomo algunas notas.

El capítulo “De cómo el radicalismo aumenta con los ingresos” es una crítica cruda a la fórmula de ser de izquierda como estrategia de ascenso, buscado o no, disimulado o vanagloriado. Zaid muestra que, en ciertas circunstancias —demasiadas diría yo, casi un patrón—, ser radical en el momento correcto, conviene, ayuda a consolidar una posición económica, social, simbólica: “México es un país donde el radicalismo aumenta con los ingresos: donde los pobres son conservadores

y los progresistas no son pobres”. Más adelante complementa el argumento: “A lo largo del siglo, ha quedado ampliamente demostrado que las banderas revolucionarias sirven más para trepar y prosperar en nombre de los pobres que para el beneficio de los pobres”. Tengo decenas de nombres, de amigos de antaño cuya trayectoria refrenda esa tesis, la hace cuerpo, le pone rostro, especialmente en la era del Proceso de Cambio masista.

Zaid critica que la izquierda se conciba a sí misma como una fuente de pureza, como moralmente superior: “La palabra izquierda se usa como la palabra decente, y quiere decir aproximadamente lo mismo (lo debido, lo conveniente). No se dice: en tal punto, con respecto a unos, estoy por la decencia; y por lo tanto, con respecto a otros, estoy por la indecencia. Se dice: soy decente; más aún: soy la mismísima decencia. La indecencia (como la derecha, como el infierno) son los otros”. Esa idea purista de buenos y malos, de abarcar todas las dimensiones de la vida por una posición ideológica, es caricatural pero certera: en todo soy bueno si soy de izquierda, en todo son malos porque son de derecha. Cuántas veces no escuchamos en calles y periódicos exactamente el mismo mensaje en el contexto boliviano actual. El autor va más allá, cuestiona la idea de “ser de izquierda” como una condición: “En rigor, no se puede ser de izquierda (ni derecha): no hay tal manera ontológica de ser. Se está a la izquierda o a la derecha, y siempre relativamente en tal o cual punto, con respecto a tal o cual posición”.

En suma, lo que Zaid desnuda es la máxima “saber para subir” que parece estar profundamente anclada en un sector de la izquierda, aquel que he llamado la izquierda de Estado, hoy con las riendas del gobierno. Lo que más sorprende es que escribió esos documentos a principios de los ochenta en México, y a cuarenta años de distancia se convierten en historias, con nombres, rostros y apellidos (en México, en Bolivia, en Nicaragua y tanto más).

Visionario. Indispensable volver a Zaid en la actualidad para entender mejor lo que se esconde detrás de los discursos eruditos, de las palabras bonitas, de los slogans más nobles. Sí, grande mi profesor anarquista que me abrió a lecturas fuera de dogmas y me enseñó a ver detrás del velo. Sus saberes hoy resuenan más que nunca.

## LA NUEVA IZQUIERDA DE ESTADO EN AMÉRICA LATINA

(Página Siete, *julio de 2022*)

Con la victoria de Gustavo Petro en Colombia, se alzaron muchas voces de esperanza. Los más entusiastas afirman que América Latina está girando nuevamente a la izquierda, incluso circuló un mapa que lo demostraría. Pero la verdad, a estas alturas, he aprendido que la cautela es mejor compañera que el entusiasmo ciego.

El 2006 aplaudí y vibré con la victoria de Evo en Bolivia; todavía ingenuo, pensaba que se abría en verdad un nuevo ciclo. En parte lo fue, pero solo en parte. En poco tiempo demostró que nunca tuvo vocación democrática, que era autoritario, y que podía ser tan corrupto y farsante como los anteriores presidentes. En esos años pensábamos que Evo, por autoproclamarse como indígena, implicaba una nueva forma de política. Fue un fiasco. Ahora desconfío de los discursos esencialistas que tienen de fondo una superioridad moral por razones étnicas, de clase, generacional o de género; más bien pongo atención a los resultados, no solo a la envoltura. Y ya no creo en héroes y villanos.

Pero volvamos al punto. ¿Existe en verdad una izquierda latinoamericana más allá de una retórica estratégica y eficaz en algunos sectores? Aunque en ciertos países y en temas puntuales sí implique una inflexión histórica, tengo dudas de que se pueda hablar de un bloque homogéneo. Lo decía alguien en

redes: ¿qué en común tienen Ortega en Nicaragua y Fernández en Argentina? Boric en Chile empezó con una sorprendente confesión: dijo que Álvaro García era su gurú. Curioso, pero si hiciera un poquito de lo que “proceso de cambio” impulsó en Bolivia –utilizar la justicia a conveniencia, controlar todas las instituciones de la gestión pública, exigir a funcionarios públicos una comisión de su salario para mantener el partido sin fiscalización alguna, impulsar un fraude, no cumplir con el resultado de un referéndum y torcer la constitución, organizar una elección de Estado, dividir los movimientos sociales, comprarse periódicos y canales de televisión para controlarlos a su antojo, etc.–, no duraría meses en el cargo. La institucionalidad chilena, creo, no se lo permitiría. Con su filiación religiosa-intelectual, Boric demuestra que, o prefiere mirar a otro lado en los temas fundamentales, o ignora la política boliviana.

Los parámetros para diferenciar izquierdas y derechas en el continente en algunos temas no siempre son claros (en otros sí). Por ejemplo, la estrategia de lucha contra el narcotráfico de López Obrador (si ponemos atención en el número de víctimas) es tan ineficiente como la de sus antecesores Peña Nieto o Calderón. La política de represión a jóvenes urbanos marginales de Maduro es igual de abusiva que la de Bolsonaro. La represión en Nicaragua a los movimientos sociales fue similar a la de los carabineros chilenos en el anterior gobierno. La corrupción en Bolivia es idéntica a la de la era neoliberal. Y así hasta el cansancio.

Si la izquierda latinoamericana quisiera mostrar que en verdad puede ofrecer al continente una ruta fresca, tiene que empezar sacudiéndose de su pasado inmediato y mirarlo auto-críticamente. Al menos son tres temas que habría que repensar.

Primero, los derechos humanos. En el caso boliviano, se estima que en la era del “proceso de cambio” hubo una centena de muertes con responsabilidad de Estado. ¿Hay que ocultarlo? ¿No hay que buscar responsables y juzgarlos? ¿O de-

bemos creer la máxima autoritaria que solo enseña los crímenes que les conviene, y que los suyos los oculta bajo la alfombra? Ni hablar del acoso y desmantelamiento que se ha vivido en las instituciones de defensa de derechos humanos: si no están alineadas con el discurso oficial, simplemente son destruidas. ¿Serán capaces estas nuevas izquierdas de denunciar a los responsables de todos los excesos?, o haremos como si nada hubiera pasado aplastando todo con una nueva narrativa que exima a los responsables.

La democracia. El manejo de la política cotidiana en los gobiernos “socialistas” del siglo XXI ha sido tan desaseado como en cualquier otra gestión. En Bolivia el 2019 hemos vivido unas elecciones de Estado escandalosas, como en los mejores tiempos de PRI en México. Algo similar sucede en Venezuela y peor en Nicaragua. ¿Será capaz la nueva izquierda de tomarse en serio las reglas democráticas? ¿Entregar el poder cuando pierde? ¿Organizar elecciones limpias, sin intervenir en ellas con los recursos públicos?

La justicia. Otra vez Bolivia es el peor ejemplo. Durante estos años el manoseo del aparato judicial ha sido vergonzoso (lo que Felix Patzi denominó como “el recurso del terror”). ¿Podrá la izquierda de Estado reformar el sistema judicial y no usarlo a capricho del gobernante? ¿Podrá juzgar a sus propios líderes por los crímenes que cometieron?

Cuando era joven repetía con entusiasmo el slogan “siempre a la izquierda”. Lo suscribo, pero lo complemento: siempre a la izquierda de la “izquierda de Estado”; siempre crítico al poder y sus excesos, más allá de donde vengan.

Vuelvo a la pregunta inicial: ¿estará la nueva izquierda de Estado a la altura de la historia? ¿podrá mirarse críticamente? ¿sabrán sacudirse de sus dogmas y dejar de creerse sus propias mentiras? ¿podrá devolvernos la esperanza? ¿Podrá en verdad ser de izquierda? Está por verse.

## LA VERDAD HISTÓRICA

(Página Siete, agosto de 2022)

En los últimos días la detención del ex procurador general de la República, Jesús Murillo Karam ha removido la política mexicana. Recapitulemos. A finales de septiembre del 2014, 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural ‘Raúl Isidro Burgos’ de Ayotzinapa desaparecieron en la localidad de Iguala, en el estado de Guerrero. En un clima de violencia generalizada, y en un lugar donde actuaban varios grupos del crimen organizado, el evento causó revuelo. Múltiples actores se movilizaron y el hecho se convirtió en uno de los conflictos más difíciles de enfrentar para la administración del expresidente Enrique Peña Nieto.

La mayor suspicacia fue la sospecha de que en la desaparición hubiera participado el Ejército, lo que llevó al eslogan “fue el Estado”, y por tanto que las autoridades tendrían responsabilidad. Las versiones que intentaban explicar lo sucedido fueron contradictorias, fragmentadas, y finalmente nadie tenía certeza respecto de lo sucedido, lo que permitía cualquier especulación. Entretanto, el descontento crecía y múltiples sectores se sumaban en una sola voz: “nos faltan 43”.

El gobierno de Peña Nieto, consciente de que tenía que dar una respuesta confiable, delegó a sus altos funcionarios la investigación, y en noviembre del mismo año fue Murillo Karam el que comunicó el resultado. El exprocurador afirmó que luego de varias confesiones y testimonios, los estudiantes

habrían sido detenidos por narcotraficantes quienes ejecutaron el multihomicidio, quemaron los cuerpos en un basurero y se deshicieron de los restos. “Sin lugar a dudas –afirmó la autoridad–, (las investigaciones llevan a concluir) que los estudiantes normalistas fueron privados de la libertad, privados de la vida, incinerados y arrojados al río San Juan. En ese orden”.

La investigación de Murillo pretendía dar por terminado un dramático acontecimiento, y exculpaba a las autoridades, apuntando en dirección contraria al lema “fue el Estado”. Se admitía oficialmente la pérdida, pero sin ninguna participación ni de las autoridades ni del ejército. El relato se llamó “la verdad histórica”, y buscaba cerrar la discusión exhibiendo una interpretación argumentada y conclusiva de los hechos. Para ello acudía, por un lado, a todos los datos con los que el gobierno contaba, y por otro, al aparato de comunicación pública que se empeñó en posesionar la explicación.

Por supuesto que nadie quedó convencido de aquella “verdad”, la herida siguió y sigue abierta –los familiares tampoco están satisfechos con la versión actual del gobierno de López Obrador–. Ahora que el escenario político ha cambiado radicalmente, se ha puesto en duda el discurso del anterior gobierno y el exprocurador es acusado de delitos graves (complicidad en desaparición forzada, tortura y contra la administración de justicia) que lo llevaron a la prisión. Vaya a saber en qué acaba todo esto, pero leído el episodio desde Bolivia, hay mucho que decir.

Primero, la lógica del poder –más allá de que se presente de izquierda o de derecha– tiene por norma ofrecer discursos contundentes, creíbles, certeros que dejen a la autoridad libre de toda responsabilidad. Así sucedió en la dictadura, en el período neoliberal y en la era del masismo. Sin ir muy lejos, agrupaciones defensoras de derechos humanos –hoy tan vapuleadas– denuncian decenas de muertes en los largos años del “proceso de cambio” que la élite gobernante se ha empe-

ñado en esconder. Para ellos, solo existen los excesos que les conviene, los del contrincante político.

Por otro lado, los dueños del poder constantemente inventan una narración a conveniencia donde ellos salgan inunes. Es impresionante cómo el relato del “golpe de Estado” ha cambiado los hechos, ha ocultado pruebas que no le conviene e inventado otras que calcen en su rompecabezas. En el estilo más puro de la posverdad, han reconstruido la historia, y han sacado a relucir lo que moviliza, lo que conmueve, lo que emociona sin necesidad de preguntar lo que realmente pasó. Vaya, hasta dijeron que reconquistaron la democracia, lo que es una ofensa para nuestro pasado y nuestras luchas.

Alguien decía que un sistema político está en riesgo cuando no hay consenso básico en la veracidad de lo sucedido; se comprende que la interpretación pueda –y deba– ser distinta, y que los argumentos fluyan en una u otra dirección, pero que se ponga en duda lo que realmente pasó, es dar un peligroso un paso al vacío. En Bolivia lo vemos a diario.

Por eso son tan importantes las Comisiones de la Verdad, y deben ser autónomas, independientes, y capaces de mostrar los hechos develando responsabilidades. ¿Podremos en Bolivia tener una Comisión de la Verdad que investigue todas las muertes sucedidas en el “proceso de cambio” y no solo lo que hizo Añez? Lo dudo.

En fin, cuando escucho la “verdad histórica” de Murillo Karam en México, no puedo dejar de pensar en el coro que nos quiere vender en Bolivia la torcida versión del “Golpe de Estado”. El poder, sea de “izquierda” o de derecha, construye su verdad a conveniencia. Lo lamentable es que aquellos en quienes uno confiaba, los que en algún momento levantaban la insignia de la honestidad en la política, son quienes ahora construyen su verdad a modo. Ya lo he dicho: la política te convierte en lo que siempre aborreciste (y a menudo ni te das cuenta).

## EL FESTEJO DEMOCRÁTICO Y LA RAZÓN DEL PODER

*(Página Siete, octubre de 2022)*

Las últimas semanas hemos vivido una serie de expresiones en torno al retorno de la democracia en Bolivia al conmemorarse 40 años de aquél épico momento de octubre de 1982. Y no es para menos. He disfrutado de ver decenas de imágenes que me han removido el alma y desempolvaron mis recuerdos de aquella lluviosa tarde en San Francisco, a la que asistí con mi madre y mi hermana, a mis doce años; mi padre había sido asesinado por la dictadura unos meses antes, pero de alguna manera nos acompañó. Sin embargo, el toque político no estuvo ausente en esta conmemoración. Sucede que el régimen masista, en su afán de refundarlo todo, se ha empeñado en acomodar la historia a su conveniencia. Pero ya hemos aprendido que “sin memoria no hay historia”, así que no será tan fácil borrar los episodios, las verdades, las luchas que no convienen a la narrativa oficial.

La primera acrobacia argumentativa de los defensores de la historia dictada desde el Palacio, consistió en disminuir la importancia al evento del 10 de octubre: no se trataría de la reconquista verdadera de la democracia, pues habría sucedido otra el 2020. Bueno pues. La segunda fue definir dos democracias: la neoliberal (oligárquica y excluyente) y la popular-comunitaria (plebeya incluyente).

Habría mucho qué decir, solo quiero destacar algunas contradicciones. La “democracia neoliberal” fue la que construyó instituciones decentes como la Corte Nacional Electoral –la más noble que tuvimos en nuestra corta historia–, la Defensoría del Pueblo –en manos de Ana María Romero, la mujer más lúcida y honesta que ocupó ese cargo–, la participación popular –que dio capacidad de gestión y descentralizó el poder en los municipios permitiendo la emergencia de nuevos actores–. Es decir que las endemoniadas reformas neoliberales fomentaron formas populares de participación en la vida política de los sectores excluidos –lo he dicho en otras ocasiones: Evo es el hijo no deseado ni reconocido de Goni–.

Y en sentido contrario, los que se reclaman promotores de una democracia comunitaria, son, por un lado, los que mejor han gozado y aprovechado de las reglas marcadas por el período anterior –nunca un partido tuvo tanta votación y tan sostenida como el MAS–, y utilizaron cada institución –controlándola, desnaturalizándola, sometiénola– para mantenerse en el poder. Es decir que el mayor beneficiario de la “democracia neoliberal” fue y es el MAS.

Y no solo eso. A pesar de su retórica “nacional popular”, es el MAS quien ha impedido sistemáticamente que “lo popular” –con lo que ello signifique– tenga acceso a la política; no es su vehículo, menos su “instrumento”, sino su freno. Toda institución que quiera ser parte del juego, debe someterse al partido –expresión liberal de la política–. La “democracia comunitaria” no existe si no funciona a la sombra del partido dominante, solo se le dará voz si es funcional, cooptada, sometida, y si fortalece el sistema unipartidista. De lo contrario, merecerá ser destruida. En suma, ni la “democracia neoliberal” fue tan neoliberal, ni la “comunitaria” es tan comunitaria. Más bien vivimos una combinación compleja, contradictoria, con fronteras e interpretaciones siempre discutibles.

En fin, entre tantas cosas, estos festejos han servido nuevamente para ver con mayor claridad la pobreza intelectual de quienes se someten a la política, de los nuevos intelectuales cortesanos. Y retomo a Orwell, siempre tan pertinente, cuando criticaba a los que se pliegan “a la línea del partido”: “La ortodoxia, sea del color que sea, parece exigir un estilo inerte, puramente imitativo. Los idiolectos políticos que se hallan en panfletos, artículos de opinión, manifiestos, libros blancos o en los discursos de los subsecretarios varían, como es natural, de un partido a otro, pero todos son iguales, cuanto casi nunca se halla en ellos un giro expresivo realmente fresco, vívido, original”.

La última discusión ha desnudado, otra vez, la pobreza de las maromas oficiales y cuánto se evaporó la imaginación en quienes otrora aportaron con ideas. Pero ellos tienen el poder, y a menudo quien lo posee, detenta la razón. Me quedo otra vez con Orwell: “en nuestro tiempo, el discurso oral y el discurso escrito de la política son, en gran medida, la defensa de lo indefendible”.

## MONSTRUO DE DOS CABEZAS: CUANDO LA IZQUIERDA ACTÚA IGUAL QUE LA DERECHA

(Página Siete, *noviembre de 2022*)

El domingo pasado (13-11-2022) hubo dos marchas importantes en los dos países a los que pertenezco: Bolivia y México. La primera fue en Santa Cruz convocada por el Comité Cívico demandando que se lleve a cabo el Censo; la segunda en la Ciudad de México con la intención de frenar la reforma de López Obrador, que pretende reformar el Instituto Nacional Electoral. Ambas fueron multitudinarias –en diferentes escalas–, y aunque tienen un abismo de distancia, tal vez la principal convergencia fue que los gobiernos respectivos son de la autodenominada izquierda, o más bien de lo que yo llamo la “izquierda de Estado”.

No me voy a referir al contenido de las demandas. En lo que quiero concentrarme es en la reacción de los gobernadores. En Bolivia una exsenadora escribía un twit satisfecha por el comportamiento represor de la policía y las Fuerzas Armadas, y dirigentes de la COB dieron un ultimátum para que los cívicos abandonen el país. La exsenadora co-responsable del vacío de poder en el 2019 que tanto costó al país –cuánto nos hubiera ahorrado si con agallas y autonomía hubiera asumido el gobierno en su momento–, se sentía muy cómoda utilizando las fuerzas del orden que en otros tiempos reprimían a los suyos, ahora contra los manifestantes. Gozaba del sentimiento de mandar, de ser obedecida por los profesionales

de las golpizas callejeras. Ya decía Sancho en Don Quijote: “yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un ható de ganado”. La luchadora social que otrora fue reprimida, ahora disfruta del privilegio de ser autoridad (lo es hace ya casi dos décadas, no hay que olvidarlo).

Por su parte, en México me impresionó la reacción de las autoridades que en su momento participaron en decenas de marchas pero que ahora les tocaba desprestigiar una movilización ciudadana. Un senador reportó el número de participantes desde un centro de monitoreo oficial, dijo que había 10.000 personas mientras que los organizadores sostenían que fueron 400.000. Los intelectuales que alguna vez leí y respeté, ahora solo descalificaban a los marchistas con los mismos argumentos que ellos recibieron unos lustros atrás. Se burlaban, estigmatizaban a quienes en su legítimo derecho salieron a protestar pacíficamente. El yerro fue tal que la propia jefa de gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum, tuvo que desmentir el cálculo al día siguiente: “no hubo dolo en medición de la marcha, fue una mala estimación” afirmó.

El punto es que, en ambos casos, los dueños del poder, que hace poco estaban luchando en las calles, tomando avenidas y que ahora les toca gobernar, utilizan los medios públicos, los argumentos, las mañas, las mentiras de las que fueron víctimas, ahora en contra de los que protestan. Es brutal: el niño violado se convirtió en violador; nada nuevo, Orwell ya contó la historia en *Rebelión en la granja*.

Darí la impresión que cuando la izquierda llega al poder se convierte en una nueva derecha en cuestión de meses. Todas las promesas de cambio del sentido de la política, del impulso al diálogo, al consenso y la pluralidad, se diluyen y opera un revanchismo furioso. Todo indica que izquierda y derecha forman parte de un monstruo de dos cabezas. Me queda claro que insistir en esas categorías sea para posesionarse política o analíticamente es insuficiente y limitado –hasta

engañoso—, prefiero pensar en la naturaleza del animal político vs. ciudadanos que no atraviesan por el ejercicio del poder.

En esta discusión, parece pertinente preguntarnos qué es la izquierda y quiénes son los que pertenecen a esta tradición. Para ello, traigo una discusión que se dio en México la semana pasada. El viernes 11 de noviembre, el laureado escritor Juan Villoro escribió un artículo en el periódico Reforma respondiendo a López Obrador porque lo criticó por no plejarse a su libreto. En su alegato, Villoro desempolvó su propio texto escrito en el 2006 en un evento de apoyo a la candidatura del actual gobernante: “contra la convicción sin fisuras de la secta y las reducciones del integrista, un gobierno de izquierda debe ofrecer la mejor plataforma para ser criticado y para aprovechar la utilidad social de la discrepancia”. Hoy el autor afirma: “Estamos muy lejos de ver reflejado ese ideal. El Presidente ha convertido su opinión en incontrovertible discurso hegemónico”. Y continúa: “el Presidente me descalifica por criticar en la revista Proceso la creciente militarización del país, la falta de respeto a la ciencia, la salud, la educación y la cultura, el ninguneo a los pueblos originarios, el apoyo a proyectos ecodidas como el Tren Maya y los continuos ataques a feministas, expertos y periodistas. Nada de eso se puede asociar con un gobierno de izquierda”.

Muchos de los que en algún momento apoyamos con entusiasmo ingenuo los gobiernos “progresistas”, terminamos a la vuelta de los años con una profunda decepción. Insisto con Villoro: nada de lo que vemos en los hechos se puede asociar con un gobierno de izquierda.

## LOS GOLPEADORES

(Página Siete, *enero de 2023*)

Con impotencia y coraje, hemos sido testigos las últimas semanas de la violencia en las calles. Pero el tono y las formas son cada vez más desconcertantes. No voy a referirme a las inaceptables acciones de grupos irregulares en Santa Cruz que destruyen bienes públicos y privados y denigran a la gente. Esos tienen el dedo acusador del Estado, que solo enseña voluntad y entusiasmo para juzgar a quien le conviene y cuando le conviene (si fuera tan eficaz con todos quienes violan las normas, sería otra historia). De hecho, lo he subrayado en otras ocasiones: Evo-Arce y Camacho son dos caras de la misma medalla, y sus seguidores son hermanos gemelos, solo que unos dominan la nación, y otros la región. Quiero concentrarme en los videos que circularon luego de la manifestación pacífica del 10 de enero en Calacoto.

Lo sucedido denota la decadencia de la política, se ha instalado la violencia como un mecanismo de gestión de las diferencias. Ya lo vimos en el parlamento un tiempo atrás: los golpes antecedieron a las razones. Y peor: a partir del 2019 el MAS ha promovido una política de intervención directa que consiste en quebrar el monopolio de la violencia –que se supone se ejerce a través de las “fuerzas del orden”– y otorgárselo impunemente –léase impulsar y proteger– a grupos fuera de la ley que tienen facultad de violentar a la gente sin recibir

ninguna sanción —o incluso siendo premiados y acogidos en el propio Estado—.

Con esa lógica, se queman casas, transporte público, se golpea a ciudadanos (con consecuencias a veces mortales), se amedrenta, se miente, se roba, se inventan historias. Y así hasta el cansancio.

Es triste ver cómo los militantes de nobles causas de antaño, se han convertido en los golpeadores de hoy. Los violentos salen a las calles con palos a reprimir a marchistas. Quienes antes tiraron petardos a los policías, ahora lo hacen a gente, a niños, a ciudadanos que querían decir su palabra de manera pacífica. Gritan: “la derecha no pasará”, cuando en realidad ellos son la nueva derecha; son ellos, los golpeadores, los nuevos matones, quienes pegan, quienes asustan, quienes hieren a quien quiere manifestarse. Y todo, claro está, amparado en el poder estatal.

Impresiona ver cómo quienes reproducen las prácticas fascistas de no dejar manifestarse a quien piensa distinto utilizando la violencia a su antojo, se vanaglorian de “expulsar al fascismo de la zona”; gritan “el fascismo no pasará” luego de dispersar, a punta de golpes y dinamitazos, a los ciudadanos. ¿Quién es el fascista? ¿quién el intolerante?

Los golpeadores gozan de mandar, de callar a los demás, de que solo se escuche su voz, de pegar a quién consideren que merece un chicotazo; los promotores del odio, de la polaridad, de la necesidad de acabar con el otro, se llenan la boca de palabras vacías. Evocan la justicia a carajazos cuando en realidad quieren repartir castigos a discreción y criterio propio. Repiten “el pueblo unido jamás será vencido”, luego de reprimir una expresión ciudadana. Son los nuevos gendarmes civiles del régimen; vivieron su propio “proceso de cambio”: de luchadores sociales a funcionarios represores para-oficiales; de perseguidores de sueños a constructores de pesadillas.

Y entre tanto, el Presidente, que se supone debería gobernar para todos los bolivianos y no solo para los suyos, que tendría que ser el responsable de construir la paz, el diálogo entre diferentes, el entendimiento entre sectores tan diversos, considera que se está defendiendo la democracia en las calles. Vaya manera de entender la defensa de la democracia violando un principio básico de la misma: garantizar el derecho a la protesta y la expresión de quienes piensan de otro modo.

¿Estos son los constructores del socialismo del siglo XXI? ¿quién todavía puede creer que algo bueno saldrá de los golpeadores, de los bravucones amantes de los petardos y los madrazos? ¿Así quieren construir una nación igualitaria, solidaria, justa?

## ¿Y LAS LEYES?

*(Página Siete, abril de 2023)*

He revisitado dos publicaciones de diferentes autores que hace tiempo no veía pero que, como son las buenas obras, perduran y dicen algo para cada temporada. Empecemos por *El juego de los tronos*.

En uno de los episodios iniciales de la primera temporada, la bella reina Cersei habla con su hijo Joffrey sobre un altercado que tuvo con sus primas en el que el príncipe adolescente quedó llorando e impotente frente a las niñas que se vieron más fuertes que él. La reina reconstruye la historia y se la cuenta al hijo exactamente al revés: él defendió y el honor con coraje frente a las indisciplinadas parientes. Contrariado, el pequeño argumenta que no fue eso lo que pasó, a lo que la experimentada política responde: “Algún día tú estarás en el trono, y la verdad será lo que tú decidas”.

La escena subraya lo que se sabe hace siglos: la historia la escriben los vencedores y los poderosos. Siempre ha sido así, los hechos no son libres y neutros, están sometidos a quien los narra, que lo hace dependiendo de la disputa del momento y su posición en el campo intelectual y político. En múltiples contextos el libreto se repite, véase la historia de la Guerra del Pacífico que se promueve en Chile, cualquier invasión argumentada desde Estados Unidos, la guerra en Ucrania desde Rusia, la llamada “noche triste” en México que narra la derrota de Hernán Cortés, y un largo etcétera.

Bolivia no fue la excepción. El lector acucioso habrá entendido mi punto: la farsa del relato del Golpe de Estado en el 2019 recupera las mejores prácticas de los vencedores que falsean los hechos. Con base en verdades a medias, crean una historia de buenos y malos que exime a los primeros de toda culpa y que justifica la condena para los segundos.

Por suerte han existido importantes relecturas que ponen las cosas en su lugar. Pienso en el ensayo de Amin Malouf, *Las cruzadas vistas por los árabes*, donde cuenta aquellos acontecimientos desde otro lado. Lo propio *La visión de los vencidos* de Miguel León Portilla para el caso de la conquista en México. No es un tema de un punto de vista, es una cuestión de fidelidad –y honestidad– con la verdad.

Aunque hay algunos libros muy lúcidos y sinceros, estoy esperando todavía que llegue un documento contundente que termine de desmontar la tan audaz como falaz historia del “Golpe”, haciendo honor a esa tradición intelectual crítica del poder que no somete su pluma a los intereses de los políticos victoriosos.

La construcción de una verdad, cuando se tiene el aparato de poder controlado y la sociedad maniatada (como es el caso en Bolivia), implica la creación de un marco legal que permita y justifique las acciones, que ponga cuerpo a la historia, que encarcele a los que el poder decidió que son culpables y exonere a quienes definió cómo inocentes. Y aparece sabiamente una segunda lectura que volvió a mis manos en estos días: *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. En un diálogo entre los protagonistas, Rulfo desnuda la razón del poder oculta el discurso jurídico:

“¿Y las leyes?

¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. ¿Tienes trabajando en la Media Luna a algún atravesado?

Sí, hay uno que otro.

Pues mándalos en comisión con Aldrete. Le levantas un acta acusándolo de ‘usufructo’ o de lo que a ti se te ocurra. Y recuérdale que Lucas Páramo ya murió. Que conmigo hay que hacer nuevos tratos”.

Sabio Rulfo, parece un cronista de nuestra era. Cierto, estos son tiempos de sumisión. Sometidos los ciudadanos a un único partido viendo cómo sus dirigentes se destrozan entre sí. Sometida la verdad a la interpretación del poder victorioso que decide qué fue cierto y qué falso. Sometida la justicia a los intereses del gobernante. Sometidos todos, pero alimentando un fogón que atice la esperanza.



**DESTELLOS**

**¿OTRA IZQUIERDA ES POSIBLE?**



## VILLORO PENSANDO EN VILLORO

(El Deber, abril de 2016)

Los viernes compro el periódico mexicano Reforma. Normalmente lo evito por su tamaño, su posición política y su tratamiento de la noticia. Pero ese día escribe Juan Villoro y no me lo quiero perder. Hace unos meses (27/11/2015) el escritor dedicó su columna a su padre, el notable filósofo Luis Villoro fallecido hace un par de años y en cuyo honor se acaba de publicar un libro (La alternativa. Perspectivas y posibilidades de cambio, Fondo de Cultura Económica, México, 2015). Empieza la nota manifestando lo difícil que es hablar de un familiar fallecido. Recuerda lo curioso que es ser hijo de un filósofo, sobre todo cuando tienes que explicar en la escuela a qué se dedica tu progenitor.

Me detengo en tres pedazos, casi al final, que merecen un comentario aparte. Se pregunta el articulista: “¿Puede la política coexistir con la ética? Sí, siempre y cuando el ejercicio del poder sirva a la comunidad y no sea un fin en sí mismo”. El cuestionamiento no es nuevo, claro, por mi parte me puse la interrogante hace décadas con mis primeras lecturas sociológicas. Antes de eso, no tenía duda que sí era posible, pues mi propio padre me había dado el ejemplo con su militancia en los 80, pero cuando mis amigos llegaron al gobierno en Bolivia a partir del 2006, y vi cómo paso a paso el poder los fue carcomiendo y conduciendo hacia un viaje sin retorno, ahora tengo serias dudas de una respuesta afirmativa. Me pregunto

si la política –y por tanto el juego del poder–, siguiendo la reflexión de Villoro, puede sacudirse de su necesidad de auto-reproducción, y por tanto, si puede dejar de ser, al menos en alguna medida, “un fin en sí mismo”.

Cambio de pasaje. Dice el articulista refiriéndose al levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN): “Desde 1994, no han faltado noticias de Chiapas, pero lo más importante apenas ha sido cubierto: el heroísmo de la vida diaria, la paciente transformación de una de las regiones más pobres del país en un tejido multicultural, donde el ‘nosotros’ se pronuncia más que el ‘yo’”. Quizás la vida diaria sea la dimensión más heroica de la política. El desafío está en vivir el día a día sin reflectores, sin tribuna, sin discurso, con la convicción de que se está haciendo lo que se debe hacer. Algo así decía el sacerdote Luis Espinal, asesinado en 1980: “gastar la vida no se hace con gastos ampulosos, y falsa teatralidad. La vida se da sencillamente, sin publicidad, como el agua de la vertiente, como la madre que da el pecho a su wawa, como el sudor humilde del sembrador”.

Finalmente, concluye Villoro, “no hay cambio político sin imaginación”. Quizás la imaginación debería estar antes de la política, pero a menudo la última termina devorando la primera a los pocos segundos de convivencia.

En fin, decía que regularmente los viernes compro aquel periódico solo para leer a mi articulista preferido. Y hasta ahora, nunca he quedado decepcionado.

## OTRA POLÍTICA ES POSIBLE: ANTONIO ARANÍBAR

(Página Siete, marzo de 2021)

Me ha llegado el fabuloso libro de nuestro querido Antonio Aranibar Quiroga, *La política como opción de vida* (Ed. Heterodoxia, 2021). Hay mucho qué decir, solo me voy a detener en algunos aspectos preliminares sobre todo de los años 60 y 70, a reserva de retomar otras reflexiones más adelante. He recorrido el libro saltándome pedazos, buscando, parando donde más convocado me sentía, siempre con lápiz en mano haciendo anotaciones en el borde.

Primero, me impresiona cómo se construyó esa generación de la izquierda nacional. Aquellos jóvenes tuvieron que lidiar contra un sistema de partidos que no permitía innovación, abrieron grietas a un catolicismo anquilosado que negaba lo social, y se enfrentaron a la dictadura en sus peores momentos. Hoy estamos acostumbrados a que la izquierda oficial esté en el poder, son los poderosos, son quienes lo usan y abusan a su antojo. Hoy ser de izquierda es fácil, es estratégico, es lo pertinente, es lo que está de moda, es jugar a los privilegios, es gozar de todos los beneficios del Estado. En aquellos momentos, ser de izquierda era estar contra el poder, era apostar la vida, era, como bien decía Mauricio Lefebvre, “arriesgar el pellejo”. Esa es la izquierda a la que perteneció Toño.

Aquella izquierda estaba muy preocupada por la lectura, el estudio, la comprensión de la realidad. Toño cuenta

múltiples episodios donde los grupos de estudio –sin buscar grados, posiciones, sin presumir sus bibliotecas en la prensa– eran fabulosos ámbitos de reflexión sofisticada con el objetivo de comprender el país y actuar en él. Las ideas fluían en los cafés, en los departamentos, en los bares, en los sindicatos, en las comunidades, en las asambleas. La política no estaba tan institucionalizada, regulada, homogeneizada; la reflexión era más fresca, libre, divergente, diversa.

También me llamó enormemente la atención la mística mirista de entonces que, entre otras cosas, implicaba una inserción en las estructuras de movilización de la sociedad. Toño recuerda que Walter Delgadillo dejó de ser estudiante clasemediero de ingeniería para convertirse en dirigente fabril en Cochabamba. Lo propio Juan Del Granado que se fue a vivir a las minas para construir el MIR-obrero. Mientras que hoy se hace política de izquierda para tener un puesto en el Estado o en unas de las agencias paraestatales (desde medios de comunicación hasta empresas) como pura estrategia de ascenso social, en aquel tiempo se buscaba el camino del cambio a través de un profundo compromiso con los sectores populares.

Por último –en esta primera entrega–, debo confesar que cuando llegué a estudiar mi doctorado en la Universidad Católica de Lovaina, en 1996, me sentí parte de varios bolivianos que habían hecho lo propio décadas atrás. La biblioteca estaba llena de tesis de paisanos que me antecedieron. Sin embargo, me preguntaba por qué tan pocos siguieron la opción académica. El libro de Toño responde a aquella pregunta que tenía guardada. Cuenta que cuando estaba estudiando en Lovaina, se encontró con un antiguo militante de la Democracia Cristiana que había cambiado radicalmente convirtiéndose en una persona conservadora. Temeroso de seguir ese camino, se puso la dicotomía: “o estudios o lucha política”. Dejó la comodidad de las aulas de la bella ciudad belga y volvió a la lucha social a Bolivia. El “verdadero posgrado” lo vivió en el XIV

Congreso de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia en abril de 1970 al lado de los dirigentes e ideólogos del momento.

En fin, hay mucho más que decir, lo iré haciendo paulatinamente. Hace unos meses escribí sobre mi desencanto con la política. Leer la vida de Antonio Aranibar me muestra que hay otras maneras de ejercerla, y que otra izquierda fue y es posible.

## CINCUENTA AÑOS SIN MAURICIO LEFEBVRE

(Página Siete, agosto de 2021)

Era febrero de 1953. Mauricio Lefebvre, sacerdote oblato, dejaba su natal Montreal para seguir su vocación misionera. En aquellos años, era común que los religiosos católicos abandonaran su país con el objetivo de promover la fe por el mundo. A Mauricio le tocó Bolivia.

Llegó de Miami a Llallagua. Todo era nuevo, desconcertante para quien ha vivido sus primeras décadas en una de las naciones más apacibles. Le llamó la atención la pobreza, los perros en las calles, y el alcohol, mucho alcohol. En sus primeras cartas a sus allegados en Canadá lo dice con contundencia: Bolivia “es un país desprovisto de todo y tiene inmensa necesidad de mí”.

Su acción pastoral se dibuja con claridad, quiere “ganar corazones para Cristo y cultivar la fe”, que la gente “se acerque a los sacramentos”, “educar al pueblo en el sentido de la verdadera liturgia”. Durante sus primeros años en Bolivia, Lefebvre abre tres frentes de lucha: el alto consumo de alcohol, el comunismo-atéismo, la mala práctica religiosa.

Pero los tiempos estaban cambiando, y el entusiasmo inicial fue mutando poco a poco. El país venía de una revolución y estaba sembrado de injusticias y luchas sociales. Lefebvre no podía quedarse quieto. Antes de que se cumpla una década de su estancia boliviana, mientras los años sesenta

encendían todos los espíritus, el sacerdote oblato empieza a cambiar sus posiciones.

En 1962 toma cursos en Roma donde la teología vivía el proceso de *aggiornamento* irreversible. En las cartas a sus compatriotas aparecen términos antes ajenos: habla de “un mundo mejor”, de llevar el mensaje de Cristo “al pueblo de América Latina”.

Al año siguiente Lefebvre va a Lima y trabaja en el ámbito urbano. Ahora menciona a “Jesús obrero” y se refiere a los barrios populares. En 1965 realiza un viaje a Israel y visita un kibutz y queda fascinado; cuando vuelve a Bolivia piensa en un nuevo proyecto: una “pequeña sociedad” que retome el sentido de los kibutz, familias que vivan juntas, que cada una aporte lo que pueda sin distinción de clase o profesión siguiendo un principio de distribución equitativo, “tal vez comunista, sobre todo cristiano”.

Desde mediados de los sesenta, Lefebvre rotula sus cartas con el lema “sed de justicia”, y toda su práctica se vuelca la “humanización, es decir el desarrollo económico, social y cultural”. Es el tiempo del Che, de Teoponte, de las masacres mineras, de la discusión sobre la violencia y el socialismo. El que vino a luchar contra el alcohol y el comunismo, ahora promueve la justicia, y busca una sociedad “nueva y revolucionaria”.

Entretanto, se vuelca a la sociología como una herramienta que permita “comprender las sociedades”. Funda la carrera en la UMSA, da clases, discute, se preocupa por “vencer el subdesarrollo”, por el “cambio de estructuras”.

Y llega aquel fatal 21 de agosto de 1971, cuando el golpe de Estado de Hugo Banzer está en curso. Lo llaman para que atienda a heridos en Sopocachi, acude sin dudar y él mismo es alcanzado por las balas banzeristas. Muere desangrado sin poder recibir auxilio.

Ha pasado medio siglo. Ya no hay dictaduras, ni golpes de Estado. Sí víctimas en democracia –demasiadas– con responsables de todos los colores del espectro político. Sí masacres, sí mentiras, sí injusticias, sí abuso de los poderosos. El poder pasa de mano en mano y es igual de cruel, multifacético, abusivo. Es un monstruo de mil cabezas que se renueva constantemente. Son otros tiempos, confusos, inciertos, contradictorios, decepcionantes, desoladores.

Hay fechas que son destino. Mauricio nació en Canadá un 6 de agosto, día de Bolivia. Murió aquí, en su nueva patria, recién cumplidos los 49 años, clamando “sed de justicia”, ayudando a los heridos, luchando contra las atrocidades del Estado. A medio siglo, hay luchas que no terminan, se transforman. Por eso el espíritu de Lefebvre sigue recorriendo aulas, calles y plazas, y estará ahí auxiliando a todas las víctimas, y dando la vida por quienes necesiten su palabra.

## LA DEMOCRACIA COMO DILEMA

(Página Siete, *mayo de 2022*)

Unos meses atrás compré el libro *La casa de la contradicción*, de Jesús Silva-Herzog Márquez (Penguin Random House, 2021). No lo voy a reseñar, prefiero compartir con los lectores citas para que cada quien saque sus propias conclusiones, aprovechando que esta columna es exactamente eso: un cuaderno de notas.

Leo a Silva-Herzog siempre que hay ocasión, y aunque no siempre comparta su posición, introduce una nota disonante ante el coro de intelectuales que repiten el libreto impuesto desde la política (a la derecha o a la izquierda). Por eso acudir a él es refrescante. Además, su escritura es tan ágil como inteligente; al terminar un texto suyo, siempre quedo satisfecho.

Hay que señalar que el autor es mexicano y habla sobre su país, lo que no impide que mucho de lo que dice no esté prisionero ni de tiempo ni de espacio. Su preocupación es la democracia, que para él “es el estanque donde desembocan todos los ideales políticos de la modernidad”. Van párrafos desconectados que en su conjunto dibujan un solo paisaje. Disfrútenlos.

“La democracia no es un paraíso. Es algo más modesto: el único inconveniente político compatible con la dignidad”.

“La promesa democrática, dice bien el académico francés Pierre Rosanvallon, es asegurar que cada cual tenga lugar en la sociedad. Que no haya nadie invisible, que nadie enmudezca, que nadie sea tratado como prescindible. Que todos reciban el cuidado del poder público, que la voz de cada uno sea escuchada, que todo interés legítimo sea tomado en cuenta”.

“La trampa es el hábito: las reglas, hechas para ser torcidas y el Estado, una tabla apolillada”.

“No tengo la menor duda de que estamos ante el peligro de una terrible regresión autoritaria basada en la soberbia de quien se imagina como una estatua por encima de la Constitución, libre de las restricciones de la aritmética y ajeno a los fastidios de la realidad...”.

“El único gobierno justo es el que se disuelve en toda la comunidad. El poder no puede estar arriba, ni afuera. Debe ser de todos y de todos por igual”.

“La credencial democrática puede terminar siendo brutalmente opresiva”.

“El poder absoluto, así sea el del más virtuoso, del más sabio o de la mayoría, no puede conjugarse jamás con la libertad”.

“La sociedad es incapaz de un enunciado. Quien dice que el pueblo quiere algo, miente. Quien dice que el pueblo habla, pretende convertirlo en su títere. Miente porque los deseos colectivos son contradictorios, porque cambian de un instante al siguiente, porque el desacuer-

do, tan natural como el agua, rompe cualquier ilusión de unidad”.

“Lo había anticipado Arendt en su estudio sobre los orígenes del totalitarismo: el súbdito ideal de un régimen totalitario no es el nazi convencido o el comunista fanático, sino esa persona para la cual no existe diferencia entre lo verdadero y lo falso”.

“Hemos desarrollado así una admirable ingeniería del aislamiento y de la radicalización. El punto de encuentro va disolviéndose (...). El centro no suscita la emoción de los extremos. Una persona de izquierda terminará ignorando el argumento de la derecha porque ni siquiera entrará en contacto con él”.

“Los radicalismos de un rumbo y del opuesto callan a los moderados, arrinconan a los conciliadores tachándolos de cobardes. El ardor, dice el poeta, sofoca a la virtud (...). Se nos exige simplificar fogosamente. Aplastar con hermética convicción al enemigo”.

“El protagonista del nuevo populismo no es el hombre-masa del que hablaba Ortega, sino el hombre-cápsula. No necesita ir a la plaza atiborrada para sumarse a la idolatría. Basta con que se deje envolver por la pantalla de su teléfono. Sus ojos ven solo lo que quiere ver; sus oídos escuchan solamente lo que ha seleccionado para oír. No tiene curiosidad por descubrir sino ansia por ratificar. No sabe más de lo que ya sabía, pero lo quiere más intensamente. Su ignorancia es orgullosa y beligerante”.

“El populismo no es una ideología ni un régimen. Es una esponja que absorbe las demandas más diversas por vía de una enemistad común. Frente a un enemigo al que se describe como origen y causa de todas las desgracias, se constituye el cuerpo de un pueblo homogéneo y en marcha. Sea la mafia oligárquica o la invasión de los extraños, sea de izquierda o de derecha, el populismo parte el mundo en dos”.

## 40 AÑOS DE LA CONQUISTA DEMOCRÁTICA

(Página Siete, *septiembre de 2022*)

Aquel octubre llegó con alegría. Recuerdo que soñábamos con que terminara la dictadura. Hablábamos bajito, susurrábamos que las cosas iban a cambiar, abrazábamos cualquier signo del fin del régimen. Hasta que sucedió: conquistamos la democracia. Era 1982.

Hoy la democracia está nuevamente en riesgo. Es extraña y juguetona la historia: parte de quienes fueron los herederos de las luchas pasadas, son los que se empeñan en matar el legado democrático. En el fondo la democracia les incomoda, y ahora queda claro que no es su vocación; nunca lo fue. Vamos hacia un régimen de partido único dentro del cual todos –y no solo sus militantes– tengamos que optar por una u otra corriente al interior de su movimiento. El lema “somos mayoría” devino en un principio brutal de negación de la diversidad, del otro, del disidente, y carta blanca para imponer una agenda a todos.

Se excluyó el diálogo y se lo sustituyó por el estigma. Se ocultó la razón y se impuso la fuerza. Se diluyó la deliberación y se instaló la homogeneidad. Sistemáticamente, paso a paso, se desnaturalizó el espíritu democrático. Hoy se persigue y se aprisiona a los que denunciaron los excesos del gobierno. Se miente sin descaro, se roba sin castigo.

Las palabras son manoseadas al antojo del poder en una abierta transformación semántica, tal cual lo denunciara

George Orwell en su tiempo, refiriéndose tanto al nazismo como al estalinismo. Se llama “asesinos”, “golpistas”, a quienes lucharon por la democracia por décadas. Se les dice “fachos” a quienes han demostrado integridad política y que han construido las libertades que hoy gozamos. A muchos se los persigue, otros no pueden ni volver al país por riesgo a ser sometidos a un juicio a conveniencia de las autoridades. Se llama “golpe” a una movilización popular cuya demanda fue el respeto del voto en contra las expresiones de un régimen abusivo.

En suma, la democracia es esa aspiración inestable que se debate entre las fuerzas que la impulsan y aquellas que la quieren destruir. Siempre está amenazada por muchos frentes, a menudo los más inesperados. Pero a pesar de todo, más allá de los espectros a quienes le incomoda, la democracia está ahí.

Termino con la reflexión que mi padre, Luis Suárez Guzmán, asesinado el 15 de enero de 1981, hiciera en septiembre de 1980:

“El pueblo boliviano optó por la democracia porque veía en ella un camino de liberación, y para defenderla se enfrentó con temeridad y resolución contra las tanquetas (...). Ese pueblo que cansado de violencia, de pobreza, de injusticia social (...) creyó en la democracia y sin más armas que sus irritadas gargantas se enfrentó a quienes intentaron negársela (...). La fe del pueblo boliviano en la democracia tiene un contenido valiosísimo y alcanza, por su decidida manera de defenderla, ribetes testimoniales de ejemplaridad”.

## UNA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA: BORIC EN MÉXICO

(Página Siete, *diciembre de 2022*)

No se agota mi asombro frente a las incoherencias de la izquierda gobernante latinoamericana y sus entusiastas defensores, de hecho, se renueva a diario. No obstante, de tiempo en tiempo, con períodos demasiado espaciados, alguna buena noticia se recibe del frente aquel.

Unas semanas atrás, el presidente chileno Gabriel Boric visitó México. Fue recibido con alfombra roja y se le rindieron todos los honores. En su programa oficial, un día le tocó dar un discurso en el Senado, que fue especialmente polémico. Entre otras cosas, interrumpido por ovaciones, dijo:

“No podemos mirar para el lado ante por ejemplo la crisis que se está viviendo en Haití. No podemos mirar para el lado ante los presos políticos en Nicaragua. No podemos mirar para el lado cuando en cualquier país de nuestra América Latina se violan los derechos humanos (...). Veo en sus pupitres, y me alegro que no es un tema político sino que es transversal, “nos faltan ellas”, imagino que tiene que ver con los feminicidios, 11 mujeres todos los días asesinadas en México. Brutal. No naturalicemos estas violencias. Tenemos que combatir las en conjunto (...). Quiero invitarlos a que trabajemos juntos unidos esta agenda y hagámoslo profundizando siempre nuestra democracia. Porque en Chile lo decimos con mucho orgullo: cuando tenemos problemas de convivencia,

cuando tenemos diferencias entre los diferentes sectores políticos, los problemas de nuestra patria los solucionaremos siempre con más democracia, no con menos”.

Sus potentes palabras se oyeron fuerte en México y fueron aplaudidas por los senadores y por varios sectores en el país, pero sobre todo retumbaron en América Latina. Son múltiples las razones.

Sucede que parecería que buena parte de la izquierda que gobierna el continente ha hecho de “mirar para un lado” una práctica recurrente, ha naturalizado esa actitud hasta el límite de la vergüenza. Mira a un lado cuando no le conviene ver sus propias miserias, las consecuencias de sus actos. Y peor: oculta sus errores, hace trampa, protege a sus operadores oscuros, miente cuando lo necesita y presenta como cierto lo que sabe que es falso.

Boric nos muestra que la izquierda tiene distintos rostros. Hay quienes se esfuerzan en enseñar al continente como si fuese un bloque sin diferencias, como si una “marea roja” estuviera obteniendo victorias electorales por doquier formando un frente homogéneo y articulado. Boric parece recordarnos que no hay una izquierda latinoamericana, hay decenas: unas en el poder, otras en contra o al margen; unas dictatoriales, otras participativas; algunas honestas, otras corruptas; unas nobles, otras perversas. Hay de todo. Autoproclamarse de izquierda no dice casi nada.

El presidente chileno insiste en que la izquierda no puede ser la responsable de las violaciones a los derechos humanos. Hay tantos ejemplos. Aunque él solo se refiere a Nicaragua que es el ejemplo más mediático, en Bolivia lo sabemos bien: el gobierno se ha encargado de violar sistemáticamente los derechos humanos, desmontar las organizaciones defensoras si no están alineadas al partido, y controlar las pocas instancias estatales que algún día defendieron a los ciudadanos.

El sueño de partido único –logrado en Cuba, reinventado en otras naciones– con estructura dogmática, aparato eficaz, línea dura y obedientes militantes que nunca discutirán con el jefe, solo se consolidó en algunos países.

El mensaje de Boric es claro: en vez de resolver los problemas con mayor autoritarismo –como sucede en Bolivia– se trata de encontrar salidas democráticas. Mientras que en Brasil el principal enemigo de la democracia fue Bolsonaro, y Lula afirmó que con su victoria vencía la democracia, en Perú el depuesto presidente propuso un autogolpe para salir de su crisis.

No hay caminos para la democracia, la democracia es el camino –diríamos pensando en Gandhi–. Habrá que ver si las ideas de Boric abren algunas puertas, y si renace una izquierda latinoamericana auténticamente democrática.

## SILES ESENCIAL

(Página Siete, enero de 2023)

He dedicado unas horas de lectura al libro *Sobre un barril de pólvora*, de Rafael Archondo e Isabel Siles que ha salido a la luz unos meses atrás. Solo puedo recomendar detenerse en ese texto. Varias son las razones.

El documento recorre la vida fructífera y compleja de uno de los protagonistas de nuestro país desde su nacimiento, su familia, su entorno, y las varias etapas intensas en las que jugó sus fichas. Siles, atravesó por los principales episodios del siglo XX (la Guerra del Chaco, la Revolución, las dictaduras, la democracia), fue un eje en los hitos que nos construyeron. Pero está lejos de una hagiografía, el libro nos muestra un hombre en conflicto, tan prisionero de su tiempo como destructor de sus barrotes.

La obra está muy bien documentada y escrita con la fluida pluma de Archondo que sabe combinar la claridad periodística con la argumentación académica, nutrida de documentación histórica. Además, se comparte decenas de fotografías que no ilustran, construyen el ambiente de época.

Debo confesar que no he podido desprender la vida de Siles de la de mi propia familia. He visto en los sesenta la interacción con mi abuelo, el General Hugo Suárez Guzmán (hay una foto suya), y con mi padre Luis Suárez que fue asesinado en 1981 buscando democracia. Mientras lo leía, recordaba las conversaciones con mi abuelo que también fue al Chaco, o su

interpretación de las Fuerzas Armadas y los acontecimientos de 1964, o los momentos en los que Lucho participaba en movilizaciones en 1980.

Pero hay más. Lo leí, claro está, desde este mundo de desolación, mediocridad y mezquindad política en la que estamos sumergidos en la actualidad. Lo leí, pues, con cierta nostalgia por un pasado igual de conflictivo —nada nuevo—, pero con vocaciones y opciones de otro tipo. Ciertamente: vivimos un tiempo donde los que controlan el poder (a uno u otro lado del espectro ideológico) se empeñan en mostrar que solo hay dos caminos, los buenos o los malos, amigos o enemigos, patria o muerte. Siles nos enseña una pasión democrática que no evita el conflicto, que no lo niega, que sabe que este es un país complejo con múltiples aristas y tensiones, pero donde es posible encontrar salidas democráticas, negociadas.

Lo resumen bien los autores en las últimas páginas: “en Siles detectamos un trayecto que va acumulando por capas: su aversión temprana a la violencia, su rechazo a las conjuras elitistas alrededor de los cuarteles, su opción por la insurrección y el complot militar solo cuando todas las opciones del orden civil se han agotado, su convicción democrática. Es la maduración sostenida de un talante conciliador y fraterno, pero no por ello, cómodo y menos aún conformista”.

Cuando escucho al presidente chileno decir que “hay que resolver los problemas con más democracia, no con menos”, me parece estar oyendo a Siles en los momentos más duros de su gobierno en los ochenta; cuando el mismo Boric sostiene que “la democracia se debe respetar especialmente en elecciones libres cuando gana aquel con quien no estoy de acuerdo y los derechos humanos son avances civilizatorios que deben ser respetados (...). Fuera de la democracia no hay libertad ni dignidad posible...”, siento que está encarnando la vida política de Siles.

Sucede que en realidad el testimonio de Siles, y creo que el libro lo demuestra, es un manifiesto de una democracia progresista construida desde nuestra historia, pensada desde el siglo pasado, con vigencia para el nuevo siglo. Es una agenda posible para el futuro. Si existe una izquierda democrática nacional –sabemos que en realidad está extraviada–, debería volver a las enseñanzas de Don Hernán que con enorme sabiduría supo respetar y defender la democracia aún a costa de perderlo todo. Su proyecto en el último período de su vida fue la democracia; nada por encima de ella, nada que la someta, que la tuerza, que la disfrace.

En la historia boliviana hay personajes que apostaron a la democracia –desde las izquierdas o las derechas–, y que dejaron grandes frutos. Hoy solo brillan los radicales guerreros sedientos de venganza y odio que ocultan aquel legado democrático que no les beneficia, que devela que su sendero no es el único. En el escenario de los polos –por cierto, idénticos–, los señores de la guerra olvidan que hay otros caminos que privilegien el encuentro, la construcción, la democracia de los diversos.

En fin, Siles nos recuerda que hay otros rostros de la política. No hay que olvidarlo.

## YO FIRMO

(Página Siete, *marzo de 2023*)

Es triste que a un país se lo reconozca por el mal funcionamiento de su justicia. El dicho “cuídate de la justicia boliviana” es vergonzosamente cierto. ¿Quién quiere caer en una de sus redes? Ni un caso sencillo de sucesión de herencia, ni un conflicto penal mayor, pueden resolverse con sensatez. ¿Qué pasa? ¿por qué es tan disfuncional el sistema jurídico?

Sabemos que el asunto no es nuevo, la ineficacia ha trascendido el neoliberalismo y el populismo con igual soltura. Incluso se podría ir más atrás. También es cierto que hubo iniciativas sugerentes, y otras tan torpes que solo profundizaron el problema. El caso es que estamos mal.

En la actualidad parece que hemos tocado fondo –ojalá, porque sabemos que siempre se puede estar peor–. A diario vemos noticias escandalosas que muestran cuán podrido está el sistema judicial. Peor cuando se ha instalado un régimen hegemónico que tiene la vocación de controlarlo todo; la justicia no se le escapa.

Siempre fue un desastre, insisto, pero hoy el sistema jurídico está peor que nunca: depende del humor de los gobernantes, de sus rencillas, de sus intereses. Un claro ejemplo es el indignante “caso Golpe” que ha permitido desempolvar la horrible figura de los “presos políticos”, que creíamos haber enterrado con las dictaduras de los 80. Se crea una ficción a conveniencia, se hace calzar la realidad montando una narra-

tiva con verdades a medias, y se construye culpas y culpables. Debo decir que hasta hoy no he encontrado un argumento decente que defienda la teoría del golpe, solo la respuesta cínica es la más convincente y hasta honesta –pocos se atreven a decirla en público, pero saben que es cierta–: es eficaz, y en política eso es lo que cuenta.

Es una verdad de Perogrullo que el gobierno, que se dice de izquierda, manda a la cárcel a quien le da la gana saltándose todas las normas. ¿Puede haber algo más antidemocrático? En democracia la justicia no puede depender del interés del gobernante. Poco importa su popularidad, su posición, su resultado electoral, sus aciertos o errores. Simplemente democracia es independencia de poderes, o no es democracia.

Por eso aplaudo y saludo la iniciativa de juristas independientes que están impulsando una Reforma Judicial. Es un poco de aire fresco en el cochinerito de la política actual que está en su momento más oscuro. Se puede decir mucho al respecto. Primero, se trata de una iniciativa que intenta sacudirse de la dinámica del campo político; en vez de tener un partido atrás, se trata de ciudadanos genuinamente preocupados por el destino de la nación. Además, el propio proceso de su elaboración ha pasado por etapas con la participación de muchos sectores; se empezó por un diagnóstico objetivo del estado de la justicia identificando los principales problemas, le siguió la redacción de una propuesta de reforma, luego se la inscribió en la instancia respectiva y se prosiguió con la campaña para recolectar de firmas.

El contenido de la propuesta de Reforma Constitucional tiene tres ejes: lograr jueces independientes, fortalecer el presupuesto para hacer una justicia más eficaz, y revalorizar la justicia indígena e instituir Jueces de Paz cercanos a la población que resuelvan con imparcialidad los problemas. En estos tiempos egoístas y mezquinos –diría Fito Páez–, existen pocas iniciativas tan transparentes, participativas y pertinentes.

Antes de concluir, unas palabras para Juan del Granada, impulsor entre otros de la iniciativa. Juan es una de las personas que más ha aportado al país desde distintos ámbitos. Estuvo al frente del juicio contra uno de los dictadores más poderosos y logró que se vaya a la cárcel. Dirigió la alcaldía de La Paz que la recibió moribunda y la entregó íntegra, como un ejemplo de institucionalidad. Convirtió al municipio en la mejor instancia de servicio público, un ejemplo de gestión, imprimió una vocación del trabajo por la ciudad con honestidad y pasión. Finalmente supo renovar liderazgos permitiendo continuidad en democracia, sin forzar normas y leyes, solo con visión y pertinencia. Hoy Juan, al lado de otros colegas y como parte de un colectivo, nos regala una pequeña luz. Se agradece.

La propuesta de Reforma Constitucional que tiene que sortear vallas de varios frentes, es una oportunidad para mejorar nuestra. Ojalá que el país responda a este llamado, que puede ser el último antes de la catástrofe hacia la que nos dirigimos con ciego entusiasmo. Yo firmo, pongo el nombre, y pongo la esperanza.

## FILEMÓN ESCOBAR

No tuve el privilegio de conocer personalmente a Filipo, aunque alguna vez lo vi en un evento —hasta le tomé un retrato—, pero crece mi admiración cada que me encuentro con alguna reflexión suya o de sus allegados. Hace un tiempo Gabriela Canedo nos recordó en su columna en Los Tiempos, los seis años de su partida. Luego de leerla, quedé todavía más estimulado por conocer su pensamiento, que resuena con mayor claridad y pertinencia.

Recordémoslo en pocas líneas: fue dirigente sindical, político e ideólogo (sin fronteras en estas tres categorías) nacido en 1934 en Potosí, fallecido en Cochabamba el 2017. Dirigente de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia, fundador del Movimiento al Socialismo, diputado y senador en distintos momentos. Su espíritu disidente y crítico le costó la expulsión del MAS comandado por Evo en el 2004.

De manera temprana y visionaria, Filemón fue uno de los primeros en advertir que el MAS conducía al país a la catástrofe, lo que se materializó recién el 2019. En el 2011, al publicar su libro *El evangelio es la encarnación de los derechos humanos* (Ed. Plural, 2011) afirma:

“Qué ironía de la democracia que al llegar a los seis años de gobierno del MAS, éste se precipita en picada por su política de confrontación, por haber abandonado la ideología de la civilización andina-amazónica de la complementariedad y la reciprocidad, y sustituirla

por el socialismo de tipo y forma estalinistas” (Escobar, 2011: 213-214).

En varios de sus textos, Filemón se empeña en denunciar el “estalinismo de Evo”; está muy preocupado por no repetir el pasado, por no aprender de los tropiezos, por no seguir por la misma ruta que no llevó a ningún lado. Por eso cuando escribe *Semblanzas* (Plural, 2014), dice que “el libro es una invitación a la nueva generación de jóvenes en Bolivia a que hagan un balance crítico de todos los errores de la izquierda en el siglo XX, y no cometer los mismos errores en el siglo XXI, que ha comenzado con el gobierno del MAS y continúa con la política de confrontación”<sup>1</sup>.

Precisamente ese es uno de los temas centrales para él: la política masista ha impuesto una lógica de la confrontación que, por un lado, traiciona la herencia del pensamiento progresista boliviano, y, por otro lado, conduce a un violento y doloroso callejón sin salida. Por eso denuncia: los “acompañantes oportunistas –del MAS– encarnan todos los errores de la izquierda durante todo el siglo XX”.

Filemón critica la Constitución Política del Estado aprobada en el 2009 por su afán antagonista, y reivindica la Proclama de Caracollo, de Pablo Zárate Willka donde se plantea el Pachakuti, entendido “como ‘respeto recíproco’ entre el indígena (civilización Andina-Amazónica) y los blancos (Civilización occidental, individual). Sin ese respeto recíproco no es posible la complementariedad de los diferentes, de los puentes entre ambas civilizaciones”. Insiste Escobar: “Este es el único camino, que ya nos señaló Pablo Zárate Willka aquel día del 28 de marzo de 1899, para hacer posible la ‘regenera-

---

1 [https://anteriorportal.erbol.com.bo/podcast/tejiendo\\_bolivia/filemon\\_escobar\\_hay\\_que\\_unirse\\_todos\\_contra\\_el\\_estalinismo\\_del\\_evo?fb\\_comment\\_id=533329000100502\\_584700934963308&qt=afiliadas\\_programacion=1&page=6](https://anteriorportal.erbol.com.bo/podcast/tejiendo_bolivia/filemon_escobar_hay_que_unirse_todos_contra_el_estalinismo_del_evo?fb_comment_id=533329000100502_584700934963308&qt=afiliadas_programacion=1&page=6). (Consultada 18-8-2023)

ción de Bolivia’ o lo que equivale al empezar el Siglo XXI: la ‘refundación de Bolivia” (Escobar, 2014: 382).

Para Filemón la viabilidad del país atraviesa no por la destrucción de los opuestos o la victoria del uno contra el otro:

“Las dos energías, la Occidental y la Indígena hacen vida cuando se complementan. Porque de esa complementación sale la aurora del sumaj qamaña, que quiere decir convivir bien, en equilibrio y armonía. No solo con los otros, sino también con la naturaleza (...). Soñamos con una nueva Constitución que sea sobre todo intercivilizatoria, es decir, una Constitución en la que se complementen ambas civilizaciones, la nuestra, la andina-amazónica, que es sobre todo comunitaria, con la civilización occidental, que es sobre todo individual. Solo así esperamos que nuestra utopía se cumpla antes de ser parte, como seres humanos, de la tierra” (Escobar, 2014: 383)

En una de sus entrevistas en el 2014, tres años antes de morir, advertía que el MAS va “a llevar al país a la banca rota, porque es el estilo político de ellos”. Ya se había dado cuenta que pronto todo estallaría en una cruda confrontación que innecesariamente costaría muchas vidas. Bastó un lustro para que se cumpliera su triste profecía.

Angustiado, Filemón propone una profunda autocrítica que lleve a reconducir el rumbo, pretende “recuperar la línea original del MAS: uno, abajo la confrontación, viva la complementariedad; dos, viva la economía de reciprocidad y redistribución”.

Con la sana distancia que nos da la historia, hoy podemos revalorar las certeras críticas de Filemón. Se dio cuenta rápidamente, y lo denunció en su momento, que la deriva autoritaria y confrontacionista del masismo, el “giro catastrófico” que impuso Álvaro García, iba a conducir a la nación al límite, y que la única salida era buscar las oportunidades del

encuentro. Y más, su argumento se apoyaba en las ideas de Zárate Willka, en la historia del sindicalismo minero, y en la política de la izquierda que recuperó la democracia. Cuánta sabiduría de Filipo que supo conjugar la tradición progresista, la herencia indígena, la fuerza de la idea del Pachakuti, la relación con la naturaleza. Procurar la convivencia de contrarios, ya lo advertía, es el camino boliviano.

Un dato que no es menor, consciente de que su crítica no era lo que los poderosos querían escuchar y que no le traería simpatías, aplausos o privilegios, en el epígrafe del libro *El evangelio* es la encarnación de los derechos humanos, retoma una reflexión de Gandhi: “Ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles”.

## DEMOCRACIA, DERECHOS HUMANOS Y LA IZQUIERDA. OTRA VEZ BORIC.

Corro el riesgo de la repetición, pero no puedo no referirme al discurso del presidente chileno en La Sorbona el 20 de julio del 2023<sup>2</sup>. Sus palabras son fuertes en varios puntos. Quiero subrayar dos: la defensa de la democracia y el innegociable respeto a los derechos humanos.

Al referirse a la “familia política” a la que pertenece –la izquierda global–, Boric dice hay un objetivo que debiera ser común a todos: la “defensa de lo que entendemos por democracia. Ahí la unidad de las fuerzas progresistas es insoslayable”. Advierte que “hoy vemos que ningún país está exento de la tentación de atajos que eventualmente nos pueden conducir a progresivas pérdidas de lo que entendemos por democracia, a fórmulas simplistas por fuera de la política democrática que encuentran atajos a desafíos que son complejos”. Frente a esas tentaciones de seguir caminos fáciles, el presidente repite la idea ya expuesta en varios foros: “vamos a resolver esos problemas con más democracia, no con menos”.

En Bolivia el masismo ha demostrado en varios momentos que no tiene vocación democrática, que prefiere los atajos, las “trampitas”, que le permitan seguir gobernando. Han preferido someter el procedimiento a la causa, subordinar las formas al objetivo final. Boric está en sentido contrario.

---

2 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=DxI4ZpA2DW8> consultada el 21 de julio del 2023

Segundo tema: los derechos humanos y la verdad. Boric sostiene que el Estado debe estar comprometido con la justicia y con la verdad, debe condenar las atrocidades del pasado y defender el valor de los derechos humanos sin importar la posición política:

“En estos momentos no hay ni debiera existir un doble estándar respecto de condenar la discriminación, la intolerancia y todo discurso de odio, porque cuando relativizamos nuestros principios democráticos según la simpatía que tengamos por el gobernante de turno que vulnera (...), es cuando nuestra posición se debilita (...). Yo creo que es importante sostener una cuestión de principios (...). En cualquier país, donde alguien, ocupando las banderas de la izquierda, meta preso a sus adversarios por el hecho de ser adversarios, coarte la libertad de expresión, viole los Derechos Humanos de sus opositores, tenemos que ser capaces también de levantar la voz. Mañana podríamos ser nosotros”.

He dicho varias veces que en Bolivia parecería que hay de tipos de humanos, los que tienen derechos —que son afines al partido oficial— y los que no. Si se violan los derechos humanos de los opositores, no tiene ninguna repercusión, y de hecho el propio Estado se encarga de tapar, de ocultar sus abusos. Si sucede lo mismo con los sus, se realizan campañas y denuncias. No hay justicia equitativa para todos. Hay ciudadanos de primera —los cercanos y obedientes al partido— y de segunda —los opositores o críticos—.

En fin, repensar la izquierda atraviesa por establecer principios básicos y analizar el pasado autocriticamente, y en esa tarea no se pueden evadir estos dos temas planteados con lucidez por Boric. Lástima, parece que en el país no hay oídos para los argumentos del presidente chileno.

## LOS AMIGOS Y LA POLÍTICA

(El Deber, *junio de 2020*)

Hace algunos años, tras la muerte de Julio Scherer, periodista de izquierda y director de la revista mexicana Proceso, que es un pilar del pensamiento progresista en ese país, el intelectual liberal Enrique Krauze escribió un homenaje recordando la larga amistad que los unía más allá de su distancia ideológica. “Cicerón decía –recordaba el académico– que el enemigo principal de la amistad es la política. Julio y yo salvamos el obstáculo por dos motivos: nuestra convergencia en la lucha por la democracia y la libertad en los últimos 25 años del siglo XX y el afecto genuino que nos tuvimos, fincado en el conocimiento de nuestras vidas” (Proceso, 12-01-2017).

Evoco este episodio porque el tema me ha tocado directamente. Por herencia familiar, estoy metido en la política desde niño. He ganado simpatías o perdido afectos por tener una posición. Pero con el tiempo he sabido separar los torrentes de la amistad y la política, que a menudo se pueden cruzar o alejar, pero que no debieran interferirse ni someterse.

Creí haberlo logrado con relativo éxito. Particularmente aproveché mi situación de vivir fuera de Bolivia para seguir manteniendo mis lazos afectivos sin estar en el ojo de la tormenta local. En mis visitas al país, siempre pude hablar sin tapujos con autoridades u opositores que, antes que nada eran amigos, lo que me permitía criticarlos sin tapujos. Pude transitar de un extremo al otro del escenario político, con voz

propia, sin coincidir necesariamente con todo y pudiendo dis-sentir. Y mis lazos afectivos seguían intactos.

Pero los acontecimientos de octubre-noviembre del 2019 arrasaron con casi todo. Cuando empecé a pronunciar abiertamente mi desacuerdo con el gobierno de Evo, y para peor lo hice por redes sociales, empecé a recibir primero rotundas críticas que rápidamente devinieron en vituperios. Muchos a quienes consideraba amigos y con quienes creía que podía no coincidir en algunos puntos sin que eso afectara nuestro lazo, lanzaron sus dardos en la distancia. No entendía.

Siempre supe que Bolivia es el país de las emociones y que la política es un demonio que despierta nuestras furias y las descontrola; a menudo recordaba la frase que se le atribuye a Vargas Llosa: “Un rasgo muy latinoamericano es que es muy difícil mantener la amistad en la discrepancia política. Eso prueba que todavía somos bárbaros”. Pero quería creer que la amistad, la relación construida en largas historias de vida conjunta, podían ser más fuertes que una opinión sobre la cambiante y efímera coyuntura –nada más impredecible y móvil que la política boliviana–.

Al principio, o simplemente no respondía, o enviaba un mensaje privado explicando mis razones y pidiendo que hagan lo propio en un clima de respeto, incluso posponía el debate para un futuro café. Pero luego vi que era inútil. Los insultos tocaron mis fibras más profundas, dibujando la bajeza de sus responsables. Descubrí a los amantes del monopolio, los enemigos de la diferencia, los intolerantes con la diversidad. Preferí acudir al último recurso de las redes, que es bloquear a quienes uno no considera interlocutores necesarios.

En fin, algunas amistades se salvaron del naufragio, seguramente las que sí valen la pena.

Vuelvo a Krauze y Scherer. Poco antes de su muerte, ambos fueron a almorzar sabiendo que probablemente era la última vez que se verían. Al despedirse, el periodista le dijo al

historiador: “piensa en lo que nos une, no en lo que nos separa”. Tal vez sea una buena enseñanza para no dejar que a los amigos se los lleve la pasajera ola de la política y terminemos, al final del día, solos, enredados en nuestros dogmas y abrazados a nuestras inamovibles posiciones.



Esta edición se terminó de imprimir en  
noviembre de 2023, en los talleres de  
GRUPO IMPRESOR S. R. L.  
Av. Abdón Saavedra No. 2120,  
Sopocachi, La Paz, Bolivia